

**Entre cacharros y caminatas: Una mirada desde la cacería y la pesca a las distintas
formas de habitar la selva de Puerto Refugio**

Aura Isabel Silva Bohórquez

Trabajo de grado para optar por el título de:
Antropóloga

Tutora:
María Clara van der Hammen

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
AREA: PROCESOS SOCIALES, TERRITORIO Y MEDIO AMBIENTE
LINEA: NATURALEZAS, CULTURAS Y TERRITORIALIDADES

Bogotá
2019

A la memoria de Felisa.

Agradecimientos

A mis hermanos por atribuirse aventuras ajenas mientras recitaban las andanzas de un tal cazador novato; poema que tiempo después declamé en su compañía. Al apoyo, a las manos que me sujetaron de niña, y a la confianza que depositaron en mí y que se ven plasmadas aquí y en cada uno de mis logros. Por la duda y el escepticismo de quien no cree en la antropología.

A mi padre por llevarme y enseñarme la llanura y los morichales. Por cargarme delante de su silla sobre su caballo viejo amansado para enseñarme los micos que se posan en los árboles de la vega, caminos que se llenan de agua después de las recias lluvias, barrialosos a los lados, y como un sendero, las heliconias y rastros enmontados a orillas del río Tocaría. Por su sonrisa al ver los ríos y caños de aguas claritas en el verano, y después de las primeras lluvias del año, su enardecida dicha al ver cómo reverdecen las llanuras del Casanare.

A mi madre por sus frustraciones, por motivarme a ser, a hacer y aprehender lo que no pudo (solo durante su juventud). No obstante, por hacerme desear tener sus talentos, su convicción y laboriosidad. Por confiar en los azarosos gustos y motivaciones de una joven que emprende su primer viaje. Por creer en la empatía y altruismo de las madres cuidando de los demás, labrando a cada paso, los caminos de sus hijos.

A la comunidad de Puerto Refugio, a los viejos por los largos ratos en las malocas, por el ambil y el cuidado. A las abuelas por la comida, las amplias conversaciones, por la confianza, por permitirme extrañar lo familiar, gracias a sus consejos y compañía. Por poner

en duda mi presencia allí, por reiterar la importancia de lo que hacía, (aún cuando yo no lo tenía muy claro). Por compartir sus secretos y chismes, por los huevos cocidos y las agüitas de albahaca, por la atención prestada y la chambira trenzada.

Al equipo de Yauda, a quienes pasaron, volvieron, se fueron y los que permanecieron. A todos por las buenas reflexiones, preguntas, juicios y discusiones. Agradecida estoy por las noches en la Nacional, las rodadas, los caminos en los chuquios y caños, los desayunos en las galerías, las frías cervezas en el muelle durante los atardeceres, en compañía de los mochileros que colgaban de los altos árboles a la orilla de las turbias aguas del Putumayo. Los baldados de canangucho, las limonadas de aguamiel y las canciones. Las oscuras noches en que los pebeteros iluminaron los rostros de quienes en poco tiempo formaron parte de la historia de la investigación amazónica. A todos y todas muchas gracias.

A mis mentores, críticos de la academia; María Clara van der Hammen, por ser guía y tutora, por impulsar el trabajo colectivo y reivindicar la investigación local. A los demás profesores por sus buenos consejos, especialmente los aportes metodológicos en sus charlas, por las palabras que fortalecieron el campo y la ejecución de la investigación. A mis amigas y colegas, a quienes pasaron por este texto, por cada frase, por cada discusión y aportaron con sus buenas preguntas. Finalmente, mis más gratos agradecimientos a quienes sembraron las mejores semillas en este trabajo y a quienes en su compañía pude ver germinar tan significativo logro.

TABLA DE CONTENIDO

NOTA	1
PROEMIO	7
CAPÍTULO I	19
PUERTO REFUGIO.....	19
UN DÍA EN REFUGIO	24
EL PUEBLO MURUI.....	27
PROCESOS ORGANIZATIVOS Y REVITALIZACIÓN CULTURAL.....	33
SU HISTORIA.....	35
SU ENTORNO	38
SUS MUJERES	40
SU GENTE	42
CAPÍTULO II.....	49
DE PESCA Y CASA	49
CAPÍTULO III.....	60
LA COCINA.....	60
LAS MUJERES EN EL MONTE.....	68
SERES DE MONTE Y RIO	73
REFLEXIONES FINALES	83
EPÍLOGO	91
BIBLIOGRAFÍA	93

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1:Ubicación de Refugio en mapa de Colombia. Elaboración propia, 2019	3
Figura 2 Cartografía de Refugio. Elaboración propia, 2019.....	21
Figura 3 Casa de Jenny y Olivia, maloca familia Yaci Guzmán, cabina de Compartel. Elaboración de propia, 2015	22
Figura 4: Casa profesora Yuli y tienda del cabildo, árbol del chisme (pomarrosa), casa de Chejo y casa cabildo. Elaboración propia, 2015.....	23
Figura 5: Hoja de Yarumo. Elaboración propia, 2018.....	26
Figura 6: Totuma de mambe. Elaboración propia, 2018	29
Figura 7: Mambeadero maloca comunitaria. Elaboración propia, 2017.....	30
Figura 8: Antigua casa de la familia Guzmán y actual casa de Carlos y Elia. Elaboración propia, 2015.	36
Figura 9: Tejido de palama irapai en palo de chonta. Elaboración propia, 2018	44
Figura 10: Hombre yendo de pesca cargando a su hombro arpones y remo. Elaboración propia, 2019	50
Figura 11: Hombre cargando un tancho a sus espaldas. Elaboración propia, 2018.....	55
Figura 12: Carne seca y pescado seco. Elaboración propia, 2019.....	61
Figura 13: Tucunare asado en estufa de leña. Elaboración propia, 2018	63
Figura 14: Pescados secos. Elaboración propia, 2019	69
Figura 15: Bote de madera impulsado por motor "peque peque" Elaboración propia, 2019	72
Figura 16: Bosque y bejucos. Elaboración propia, 2017	76

NOTA

Éramos un grupo de 3 chicas interesadas por saber qué era eso de la investigación, iniciadas en el universo de la antropología hacía tan solo 6 meses, ya queríamos tragarnos el mundo de la academia. Guiadas por el profesor Carlos Páramo, llegamos al salón 106 del edificio de posgrados en Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, allí un grupo de estudiantes socializaban la experiencia de su último viaje, nombraban a diferentes personas; jóvenes y abuelos. Hablaron del río Putumayo, de un baile; el baile de la fruta y la pisada de maloca. Hablaron de la bola de ambil que se tragaron por accidente, la abundante comida; pescado, yuca, y la picada que se pegaron con el omai (ají negro). En verdad, no entendíamos mucho.

Nos abrieron un espacio para presentarnos. Ellos y ellas también lo hicieron. Eran mediados de abril del 2015. Nos hablaron de los proyectos que estaban formulando en ese entonces, algunos querían trabajar con la lengua uitoto, creando un diccionario con el dialecto bue de dicha lengua, otras con plantas medicinales, exactamente con la creación de una huerta dispuesta para la comunidad en general y que tuviera las aromáticas y plantas de uso medicinal que sea posible domesticar. Nos pidieron que si queríamos conocer el terreno en el cuál se iban a desarrollar estas iniciativas teníamos que diseñar una propuesta para poder desplazarnos al campo junto con el resto del equipo, pero como el tiempo apremiaba y estábamos ciegas ante la comunidad en la cuál íbamos a entrar, basamos nuestro trabajo en la lectura de bibliografía recomendada por los coordinadores del grupo; Lorena Romero y

Maquiavelo Yaci, también conocido como Mako, oriundo de Puerto Refugio quien finalizaba sus estudios de sociología en aquel entonces.

Hablo del semillero de investigación en estudios amazónicos Yauda, apadrinado por profesores como Eudosio Becerra, Francois Correa y Juan José Vieco, quienes han acompañado de cerca su trabajo y crecimiento. Han colaborado al grupo desde la aprobación de proyectos ante bienestar universitario o las publicaciones y postulaciones a convocatorias de congresos y eventos académicos. Yauda, en palabras del abuelo Yaci “es el esfuerzo por la reivindicación del trabajo de campo, el voto de confianza que las comunidades amazónicas de San José del Encanto y Puerto Refugio han puesto sobre los jóvenes universitarios” (comunicación personal, 2015). Yauda¹ además de llevar el nombre del clan de Yaci, es un espacio de creación conjunta y diálogo de saberes que los abuelos diseñaron durante horas en el mambeadero en compañía de la coca y el tabaco². Espacio que se sembró en la maloca de la familia Yaci Guzmán, y posteriormente germinó dentro de la Universidad Nacional en Bogotá.

Desde finales del 2010 el equipo interdisciplinar conformado por estudiantes de biología, sociología, antropología, geografía, agronomía, diseño industrial y lingüística que han pasado por Yauda se ha hecho escuchar en distintos espacios, como la biblioteca Luis Ángel Arango en la conmemoración de las caucherías, y segundo encuentro de jóvenes investigadores en la Amazonía colombiana en la Universidad de la Amazonía, en el Caquetá. Ahora bien ¿porqué se hace acreedor de un apartado en esta investigación dicho grupo? Fue

¹ Significa el clan del venado cenizo

² Plantas sagradas para el pueblo Murui Muina

en compañía de ellos que llegué a Refugio; una comunidad Murui a orillas del río Putumayo, ubicada a cuatro horas río abajo de la cabecera municipal de Puerto Leguízamo, justo en la línea departamental con el Amazonas. Con dicho equipo he podido cooperar y formular talleres que inicialmente no estaban vistos como una futura propuesta de tesis.

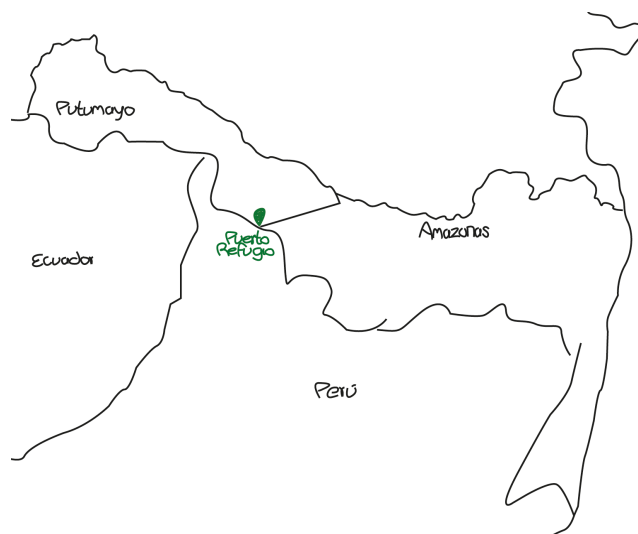


Figura 1: Ubicación de Refugio en mapa de Colombia. Elaboración propia, 2019

Llegué en mi primer viaje a mediados del 2015 como voluntaria, rompiendo, uno tras otro los estereotipos de comunidades indígenas que llevaba conmigo. Acompañé el proyecto de la huerta medicinal pintando letreros, sembrando plantas y cercándolas con botellas de plástico pintadas de los colores de las banderas que en aquel momento estaban en el mundial de fútbol. Luego volví en diciembre del mismo año, esta vez mi propuesta era la construcción de compostajes caseros para la fabricación de abono orgánico, actividad que fue acogida por 5 madres en compañía de sus hijos. Llevaba conmigo una guía metodológica para la fabricación de lombricultivos, viveros y hasta un instructivo para hacer una bici-licuadora, cartilla que dejé en manos de los profesores. También alcancé a participar de algunas clases

en el internado en las áreas de ciencias sociales, informática e inglés atendiendo a las preguntas de los profes y guiando a los pequeños aprendices en geografía e indicándoles la variedad de usos que albergan las herramientas tecnológicas que tienen a su disposición en la escuela. Improvisar

Junto con el equipo de Yauda hemos trabajado en campo con distintos proyectos, convivimos en una cabaña junto al dique detrás del internado de la institución educativa D+ona Safia a unos doscientos metros de la orilla del río. Aquella construcción de cahuiche³ y palma, estaba a nuestra disposición, a donde llevábamos nuestra remesa y allí, durante el mes y medio que estuviéramos, lográbamos cocinar y convivir con los 6, 8 o 10 estudiantes que estuviéramos.

Uno de los proyectos más grandes, (y lo considero así porque ha sido el único que ha podido congrega a todos los estudiantes de manera interdisciplinar bajo un tronco común) fue el que se denominó Reconocimiento Territorial. Proyecto que nace en respuesta a la solicitud de la comunidad por saber qué era lo que tenían en sus territorios y cuál es la extensión del mismo, un afán que se fue despertando por la presencia de entidades como la WWF⁴ quienes en menos de una semana realizaron talleres de cartografía, que dejaron como resultado un documento de 345 páginas compilado como caracterización ambiental, social y cultural para el desarrollo del plan salvaguarda Murui en lo relacionado con la protección de

³ Árbol maderable usado en la construcción de viviendas. Su madera se caracteriza por ser de color amarillo opaco, tener un aromático olor y ser duradera.

⁴ (World Wildlife Fund), Fondo Mundial para la Naturaleza: Entidad internacional que busca armonizar la conservación de los recursos con las necesidades humanas en los complejos ecorregionales del país.

los sistemas de conocimiento tradicional asociados a los usos de la biodiversidad en su territorio tradicional; allí un mapa que demarca el territorio “exacto” en el que está Refugio.

No conformes con la demarcación que hicieron aquellos facilitadores, nos propusieron (al grupo de investigación) recorrer los linderos de Puerto Refugio según los acuerdos hechos por los abuelos y abuelas entre las comunidades circunvecinas; Puntales en el costado norte, Perea en el sur y Umancia al oriente (y en su frente, Perú). Y con la ejecución de este proyecto en junio del 2017 llegan las largas jornadas de caminatas monte adentro, primero durante 5 días y luego otros 7 días. El proyecto diseñado no solo radicó en la demarcación de los linderos, pues el equipo pretendía abarcar distintas temáticas: el reconocimiento de las plantas con usos a lo largo de los caminos y en las chagras⁵, sus respectivos nombres en lengua y los mitos que las contengan, también la identificación de animales de gran tamaño a lo largo de las trochas, por último, las nociones de territorio y prospección de la comunidad a través de talleres de cartografía social a mi cargo.

En cada caminata pensaba, escuchaba y sentía la selva amazónica y su funcionamiento con mucha curiosidad. Los procesos locales de la comunidad y la práctica política de delimitar su espacio me llevaron directo al campo, a caminar con la gente, a escuchar durante las noches en las malocas y a pensar el territorio, su agencia y los distintos actores que lo habitan. Solo hasta ese año (2017) formulé mi propuesta de tesis y empecé a ver a Refugio con más preguntas.

⁵ Espacios de cultivo de los cuales se abastecen los núcleos familiares. Representa un espacio de conocimiento y aprendizaje.

Al volver, aproveché el tiempo para analizar los apuntes que durante las noches en los campamentos pude consignar. Me surgieron muchas preguntas⁶ a partir de lo que había visto en los caminos, lo que escuchaba murmurar y lo que no podía entender, ¿qué es el mal viento?, ¿qué es el territorio?, ¿cómo es que los animales y las plantas antes fueron humanos?, ¿a quién se le pide permiso para entrar al territorio?, ¿recordaron algo al caminar?, ¿qué escucharon ellos que yo no pude identificar?, ¿por qué dejar herido a un animal de cacería es tan peligroso?, ¿qué ventajas tiene soplar tabaco?, ¿por qué nos repartieron ambil⁷ antes de cada recorrido?, ¿cómo sabían hasta qué hora y en qué punto detenernos?, ¿por qué en cierto espacio no podíamos hablar? Aquellas preguntas fueron los bocetos que posteriormente desencadenaron en la construcción de la pesquisa que en este instante, se construye bajo el osado título de trabajo de grado.

⁶ Preguntas que no serán respuestas en su totalidad, ya que su función fue orientar y despertar los intereses primarios del trabajo de campo.

⁷ Reducción de hojas de tabaco que se convierte en una pasta espesa y negra.

PROEMIO

El presente trabajo es el interés activo por las anécdotas de las mujeres en las cocinas cuando pelan la yuca y destripan el pescado, mientras ahúman en las paseras la carne de monte, la pata o el pico de un ave, y la bilis de la boruga⁸. Es la curiosidad por saber cómo hacen los hombres para volver a sus casas tarde o de madrugada dejando su cacería en la cocina, y los cacharos⁹ que les sucedieron contados en las malocas, mientras unos tuestan, otros pilan y ciernen la coca situados en la mambeadero compartiendo la palabra. Se trata de una motivación más por saber cómo funciona el territorio amazónico, cómo las actividades de pesca y caza, además de ser fuentes de alimentación de las comunidades amazónicas, no solo prevén una práctica cotidiana disímil de las demás, sino que se conforma constantemente de herramientas para habitar los distintos espacios del territorio amazónico; cananguchales¹⁰, lomas, montes, chuquios¹¹, cochas, bajiales¹², caños y chagras.

Esta obra es el cúmulo de bellas y extensas caminatas monte adentro. La sacada de balastro cuando el nivel del río baja para la construcción de la cancha de fútbol de la escuela, las horas y más horas de trayecto en botes en compañía de niños, niñas, jóvenes, abuelas y abuelos, madres y cazadores. Los fallidos intentos de ser motorista, la paciencia de las abuelas mientras yo intentaba revolver la fariña¹³, los poemas de René; el negro murui como

⁸ Animal de monte. Roedor de consumo cotidiano en la comunidad de Refugio.

⁹ Anécdotas populares basadas en la experiencia propia dentro del bosque o navegando por el río y sus afluentes.

¹⁰ Zonas donde se concentran las palmas de canangucho, también denominadas moriche. Son terrenos particularmente inundados durante la cosecha.

¹¹ Pantanos

¹² Zonas inundadas en el invierno por su cercanía a las grandes corrientes hídricas.

¹³ Preparación a base de yuca brava fermentada y tostada.

le llaman algunos. Las discusiones metodológicas con el equipo de Yauda, las botas llenas de agua y el deleite rebosando, las resbaladas en los botes, miles de picaduras, las espinas incrustadas en la piel y el tabaco floreciendo, entre otras cosas. Es también la germinación de inexpertos y fallidos intentos de ser artista, diagramando una a una las líneas de los bocetos que durante los domingos en campo, frente a las casas o recostada sobre mi chinchorro, pude consignar en mis notas, ilustraciones sobre aquello que recordaba y lo que observaba a diario en la comunidad captando lo esencial y representando aquello que llamó mi atención en unos cuantos dibujos. Figuras que además otorgan un soporte metodológico y práctico a la investigación.

Se trata de una puesta en escena de los ecosistemas amazónicos, de los demás actores humanos y no humanos que entran en juego con los poco más de 200 habitantes en Refugio; hombres, mujeres, niños, niñas y jóvenes que en compañía de los abuelos y abuelas desarrollan sus actividades con base al uso y control de la tierra, junto al manejo administrativo del cabildo indígena y la gestión de proyectos que impulsen la economía de la comunidad, la institución educativa D+ona Safia¹⁴ y su relación con el río y la selva mediante sus actividades de pesca y cacería.

Esta propuesta empezó a ejecutarse a lo largo de dos jornadas de un mes y medio cada una; la primera a mitad del 2017 y la segunda en 2018. Tiempo que destiné para explicar a la comunidad, desde los distintos espacios de la maloca, el fogón y el mambeadero, el porqué estaba allí, el porqué después dos estancias anteriores había decidido trabajar sobre el

¹⁴ nombre escrito en el dialecto bue del uitoto que significa flor de tabaco

territorio y sus anécdotas, la razón por la cual insistía a los hombres que me llevaran de cacería, o me iba a lavar ropa y a bañarme al puerto muy temprano en la mañana para ver qué plan de ir a pescar salía.

Refugio, al igual que 34 millones de personas de distintas lenguas, comunidades y etnias, hace parte de la Amazonía “ecológica” representada en 6,7 millones de km² de Bioma Amazónico. Se trata de la cuenca hidrográfica más grande del mundo que reúne a ocho países y un territorio de ultramar: Brasil (59,17% del bioma), Perú (11,27%), Colombia (7,94%), Venezuela (6,69%), Bolivia (5,99%), Guyana (3,51%), Surinam (2,35), Ecuador (1,75) y Guyana Francesa (1,33%) (WWF, 2016, p. 23) Aunque Colombia solo contenga casi el 8% total de la Amazonía, ésta constituye buena parte de la superficie terrestre con un 42% total del país y en ella, departamentos como Caquetá, Vaupés, Amazonas, Meta, Guainía, Guaviare, Vichada y Putumayo.

Además de tratarse de territorios diversos biológicamente, también los son a nivel cultural. La Amazonía colombiana posee 185 resguardos indígenas que ocupan una superficie de 26’217.159 hectáreas (SIAT-AC, 2019); territorios colectivos definidos como

Una institución legal y sociopolítica de carácter especial, conformada por una o más comunidades indígenas, que con un título de propiedad colectiva que goza de las garantías de la propiedad privada, poseen su territorio y se rigen para el manejo de éste y su vida interna por una organización autónoma amparada por el fuero indígena y su sistema normativo propio. Artículo 21, decreto 2164 de 1995. (Mininterior, 2013).

El Predio Putumayo, con una extensión de 5'869.447 se posiciona como uno de los resguardos más grandes del país, en las cuales habitan un sinnúmero de comunidades, (entre ellas Refugio), donde conviven distintos grupos étnicos y lingüísticos como los Witoto, Mirañas, Boras, Andoques, Ocainas, Muinanes, Nonuyas, Murui- Muinane, Carijona, Yucuna, Cabiyaí, Inga, Siona, Letuama y Murui Muina, entre otras. (CORPOAMAZONÍA, 2019)

Refugio no es habitada únicamente por personas autorreconocidas como murui, algunas familias asentadas allí han llegado por diferentes dinámicas migratorias en búsqueda de oportunidades económicas como la explotación minera, la bonanza de la coca o el trabajo como raspachines; nombre dado a quienes colectan la hoja de coca con alto nivel de alcaloide para su fabricación ilícita. También el despliegue desde el centro del Amazonas (Chorrera) hacia sus alrededores; por las diversas bonanzas de quina, caucho y misiones evangelizadoras. Es así como Refugio reitera su nombre y hace alusión a lo que significó la tardía llegada de sus primeros habitantes.

Las comunidades asentadas en el territorio amazónico colombiano, al igual que en el resto del país, están agremiadas en distintas organizaciones que ejercen su representación ante los actores públicos y privados que deseen ingresar a sus territorios. Ocupadas de la gestión de recursos y su manejo para con los pueblos indígenas que hacen parte de su jurisdicción, estas entidades de carácter especial, de derecho público, con autonomía administrativa, patrimonio propio y personería jurídica, cobijan a varios pueblos y comunidades según su objetivo institucional, cumpliendo con las anteriores características,

la Asociación de Cabildos Indígenas de Puerto Leguízamo y Alto Predio Putumayo ACILAPP, congrega 21 comunidades a lo largo del río Putumayo y demás cuencas aledañas. (Suaza, 2016,)

ACILAPP tiene por objetivo conservar los elementos claves para sus comunidades; la cultura, el territorio, el medio ambiente de sus pueblos y así proteger sus derechos individuales fundamentales y colectivos. Esta entidad, desde su fundación en 2003 se propuso como misión (a mediano plazo) que ocho años después (2011), se posicionaría:

Como una Asociación Indígena en permanente acreditación, reconocida como líder en la construcción, apropiación e implementación y difusión de políticas indígenas, de defensa permanente de los derechos individuales y colectivos de sus integrantes mediante los principios de autonomía, cultura, territorio y unidad, a la vez que consolidaría políticas propias contempladas en el plan de vida y plan de salvaguarda para garantizar la pervivencia de la cultura y vida de los filiales. (Estatutos ACILAPP en Suaza, 2012, p. 35)

Actualmente ACILAPP, aunque no representa la totalidad de comunidades que hacen parte del Resguardo Alto Predio Putumayo, ejerce su representación y lidera grandes procesos de autonomía económica, gobernanza y educación en el marco del posconflicto. Refugio a su vez, mantiene una participación activa dentro de las gestiones de dicha entidad con ONG's internacionales y gobierno. Lo anterior evidencia la inclusión de Refugio en el marco de procesos políticos y administrativos que no solo están dirigidos a una sola etnia,

sino que, gracias a su presencia en el territorio, desempeñan un papel colectivo en pro de sus necesidades, abanderados por su identidad étnica.

Actualmente Refugio se enmarca en el proceso de revitalización cultural definido por Mako como “el volver a las raíces y retomar la identidad que el blanco ultrajó durante muchos años” (comunicación personal, 2015). Inició en 1991 con el autorreconocimiento de las poblaciones indígenas, impulsando en Refugio la construcción de la primera maloca en 2012 (Cabildo indígena de Puerto Refugio, 2019), la “iniciación” en el mambeo de unos y la continuación de las generaciones más antiguas oriundas de Chorrera (considerado epicentro y cuna del pueblo uitoto) y San José del Encanto. Buena parte de este proceso se ha dado no solo desde los mambeaderos, sino desde la escuela y la construcción de cartillas con el equipo de Yauda, las clases en lengua y la formulación del Sistema Educativo Indígena Propio (SEIP) promovido por las instituciones indígenas nacionales para el ejercicio autónomo de la educación propia que han querido fomentar los 4 maestros de la institución. Aquel proceso también se lleva a cabo desde el trabajo de las chagras, el cultivo de frutales y yuca seguido de la preparación de caguana, faríña y casabe.¹⁵

Intentar profundizar en la oralidad del pueblo murui, que durante los últimos años ha estado en un proceso de revitalización cultural, como es el caso de Puerto Refugio, es tanto como navegar las grisáceas, y espesas aguas del Putumayo. Cada una de las historias y anécdotas contadas son tan diversas como las personas que habitan la comunidad, mantenidas a flote gracias a los procesos y actividades colectivas. Refugio comprende un amplio espacio

¹⁵ Diversos manjares a base de almidón, fibra, y polvo de yuca brava o dulce.

que ha sido transitado a lo largo de años por investigadores y organizaciones que retoman información bien sea con fines investigativos, públicos o privados. Su carácter intermedio entre los departamentos Putumayo y Amazonas hace que se beneficie de propuestas provenientes del sector público como ministerios de interior, ambiente y minas, pero también de fondos extranjeros representados en ONG's que ingresan a estos territorios vistos como vulnerados por el conflicto y narcotráfico.

Buena parte de estas iniciativas están abanderados por la sustitución de cultivos ilícitos, el “mejoramiento de la calidad de vida” representado en centros médicos, infraestructura y la financiación de proyectos productivos que buscan la auto sustentabilidad de las poblaciones. No obstante, buena parte de los requisitos solicitados por tales instituciones van desde los diagnósticos socioeconómicos hasta el inventario de fauna y flora, requisitos que aquellas poblaciones pueden cumplir someramente. En este punto resulta imperativo cuestionar la finalidad última de la información de biodiversidad¹⁶ ya que no son iniciativas especialmente conservacionistas. Aunque ésta y otras preguntas quedan abiertas y son fundamentales, no son el foco especial de esta investigación.

Uno de los grandes retos durante el trabajo de campo fue hacer los recorridos en el marco del proyecto de reconocimiento territorial con el equipo de Yauda. Medir los ángulos según las cuartas de sol,¹⁷ elegir entre seguir al GPS o a nuestro guía en búsqueda de atajos a la hora de cruzar caños y grandes extensiones de selva empantanada con el agua poco más

¹⁶ Información a la que actualmente Refugio le apuesta a compilar con la finalidad de hacerse acreedor de dichos presupuestos

¹⁷ Medición en palmos que tiene como punto de partida señalar el sol con el dedo pulgar

arriba de la cintura eran situaciones un tanto confusas. Seguir al equipo fue imperativo. Los espacios que recorrimos no eran siempre los mismos, los olores eran diversos; algunos putrefactos y otros aromáticos, las empinadas lomas requerían de un esfuerzo físico adicional, y de bajada, las caídas entre los charcos, los sonidos de los palos quebrándose a nuestro paso y el abundante ruido nos acompañaron.

Los campamentos también fueron un espacio para conocernos entre sí. Por ejemplo Dense,¹⁸ un hombre vital de sesenta y tantos años, flaco, alto, de cabello cenizo, corto y desordenado, nos contó que al llegar a las orillas del río Caraparaná, recordó junto a la joven vegetación que se alzaba, los rastros que se hacían en los años 80, mientras laboraba con el comercio de madera y pieles. En ese momento entendí que recorrer el territorio también era recordar. Los nombres de los caños, los acuerdos de los viejos y el rastro de los caminos de arriería fueron algunos de los recuerdos que vinieron a la cabeza de los ancianos que caminaron. Se alegran de ver el antiguo peladero enmontado y las aguas claritas en los caños, pero se lamentan de ver que solo un cedro se encontraron en el camino.

No podíamos parar, eran horas y horas de caminata en terreno agreste, a cada paso observábamos: camadas de cerdos de monte, churucos, paujiles, rastros de tigre mariposo, y hasta un oso perezoso nos encontrábamos de camino. Felicidad entera poder verlos, lo cual compensaba las caídas a los charcos cuando intentaba cruzarlos sobre un tronco lleno de musgo. Al cruzar los grandes árboles, los ríos y cananguchales, se podían observar cambios en la vegetación, en los olores y hasta el tipo de animales con que nos encontrábamos. En

¹⁸ Nombrado como cacique por ser uno de los hermanos mayores de la familia Guzmán, pero no exactamente designado por el orden patrilíneo.

estas jornadas pude presenciar la cacería de dos micos churucos, un cerdo de monte, un paujil, una guacamaya y un morrocoy que se apareció en nuestra ruta, de los cuales nos teníamos que alimentar, puesto que de base cargábamos únicamente panela, un poco de avena, chocolate, arroz y fariña.

Ver los churucos colgando de rama en rama, luego verlos tirados en el suelo agonizando, fijando su mirada (como la de un humano), y después pelarlos y asarlos, representó un reto metodológico donde entendí que las formas del conocimiento humano surgen dentro de los complejos procesos de involucramiento de las personas con su medio. De acuerdo a lo anterior las formas y significados se generan dentro de los contextos de su-ser-parte de los diversos proyectos de vida de los seres (humanos y no humanos) de los cuales están rodeados (Ingold, 2015). Así que tomé dichas actividades de cacería como uno de los campos centrales de mi investigación, donde las prácticas se podrían relacionar con los llamados cacharros¹⁹ que escuchaba continuamente en las malocas (en medio de risas y pena) mientras se pila la coca, en la sala de la casa cuando los viejos arreglan sus destartaladas motosierras, en las chagras mientras las mujeres pelan de yuca sentadas sobre los troncos caídos o cuando bañan a sus pequeños hijos.

No obstante, la minuciosidad, cautela y agilidad de tales actividades puso a prueba mi estado físico y percepción rápida del movimiento, lo cual en compañía de los hombres jóvenes no era tan complejo de aprender. Otro de los retos que se fueron presentando a lo

¹⁹ Como les llaman a las situaciones que en algún momento pudo ponerlos en tensión, miedo o incluso en vergüenza y que después son contados en diferentes espacios; malocas, chagras o la sala de sus casas.

largo de la investigación está en la sangre, sí, en la menstruación vista como elemento de poder, que puede contaminar chagras y caños, peligrosa por atraer animales en el monte y buefos en los ríos. Estas y más situaciones serán descritas posteriormente.

La base metodológica que ha permitido ir construyendo esta investigación ha sido el trabajo comunitario, la inserción en las actividades cotidianas, el acompañamiento y colaboración en las mingas, socla de las chagras, quema y siembra. La construcción de la cabaña y casa comunitaria, la sacada de canangucho, jornadas de pesca y caza entre otras. Todos estos momentos acompañados de largas conversaciones que van desde el maltrato intrafamiliar, las proyecciones económicas de la comunidad, el interés por saber qué es lo que tiene Puerto Refugio (hablando en términos de extensión territorial), hasta saber quién soy yo y de dónde vengo, qué es eso de la antropología y porqué me gusta ir a hacerme comer de los zancudos.

Poco a poco las preguntas que me hacían las personas con las que conviví en Refugio me fueron llevando a cuestionarme constantemente sobre ¿qué haría de diferente mi presencia en el territorio?, ¿qué le dejaría a la comunidad mi estancia?, ¿qué compromisos adquirir que no fueran más allá de mi alcance?, ¿qué sería lo que diría en la asamblea el día de mi despedida al fin de mi estancia? Fue justamente en las asambleas donde me abrían el espacio para contar mis objetivos, los planes y actividades que tenía previstos para laborar en conjunto. No obstante, después de haber formulado grupos focales con mujeres y hombres, cartografías con varios grupos de personas y entrevistas estructuradas antes de llegar al campo, Volver y encontrarme con los planes y actividades que la comunidad en general tiene, es iniciar una nueva agenda en la que pueda combinar sus planes y tiempo con los míos, es

justo allí donde radica la importancia del trabajo conjunto que no requiere un espacio en específico, y que propicia todo tipo de discusión y conversación.

Toda esta historia será expuesta a lo largo del texto, en primer momento, mediante la socialización del contexto refugiano, dejando claro de antemano, el sinnúmero de actividades que llevan a cabo sus habitantes en cuanto a su proceso de revitalización cultural, la dependencia económica del estado y el manejo administrativo que se le da a los recursos. Junto con la distribución del trabajo, las labores comunitarias y el posicionamiento político que tiene ante las organizaciones indígenas. No sin antes citar la historia y llegada de personas al territorio que hoy día se hace llamar Puerto Refugio.

Posteriormente gracias a las anécdotas y cacharros contados por René, Ismael, Rosendo, Dense, Carlos y Felisandro; cazadores y pescadores de la comunidad, se emprende un viaje donde se van enlazando las experiencias comunes durante sus jornadas de pesca y lampareo.²⁰ Allí se expone la manera en que transitan y se comportan o cómo deberían hacerlo o en el monte y el río.

Más adelante se hace una reflexión que conecta la cotidianidad de mujeres como Inaid, Indira, Olivia, Jenny, Elvira, Felisa y Elia. Basada en sus prácticas se hace un recorrido por el campo que han habitado y las situaciones en las que se han tenido que ver involucradas. También se hace un compilado de la tradición oral que mantienen sobre su contacto con el bosque y el río, definiendo así sus cuidadosos movimientos.

²⁰ Concepto usado en Refugio sinónimo de salir de caza

Finalmente, los tres puntos centrales de este trabajo; la participación y proceso de revitalización cultural, las prácticas de cacería y pesca y la oralidad que demarca la relación vital entre la cultura y la naturaleza se ven entrelazadas por la labor etnográfica, resaltando los comportamientos sociales dentro del territorio. Todo esto pensado desde la antropología ecológica de Ingold que comprende “los modos en que las vidas humanas están ligadas en los procesos de producción con las vidas de plantas y animales, el clima y la tierra” (Ingold, 2008) junto con el concepto rizoma de Deleuze usado como un principio de heterogeneidad, multiplicidad y cartografía, gracias a la formación de las líneas de las relaciones tejidas entre los cuerpos sobre el territorio.

CAPÍTULO I

PUERTO REFUGIO

Arribamos un día a eso de las 4 de la tarde, después de más de 5 horas seguidas recibiendo el sol en los brazos y rostro. Disfrutábamos la brisa de la tarde, sentadas viajábamos en compañía de Chejo, nuestro motorista por excelencia, Oscar, rector del internado, la abuela María, madre de Oscar, y sus dos nietos, María y Caliche. No era mucho lo que podíamos charlar durante el trayecto, pues el fuerte ruido del motor de 40 caballos de fuerza (el más rápido hasta el momento en la comunidad) hacía las charlas tediosas en un bote de madera sin cubierta.

Nos ingeniamos muchas formas para acomodarnos entre las remesas, evitando aplastar los huevos o regar los tarros de aceite de motor medio tapados con bolsas, también el preciado pan podía ser víctima de una mala postura y llegar aplastado con el arequipe pegado a la bolsa. Preguntaba a cada hora por el tiempo que restaba para llegar, me hablaban de las comunidades que faltaba por atravesar, sobre las vueltas (curvas del curso del río) que tocaba pasar. Llegamos en un invierno, cuando el barranco es de tan solo un metro hasta la balsa donde arriman la mayoría de los botes, ubicada justo en frente a la casa cabildo. Chejo disminuye la velocidad, y poco a poco atraviesa el río dejando un tenue oleaje a su paso. La fuerte brisa disminuye y es justo allí donde se empiezan a sentir las picaduras de los mosquitos, el bochorno y el sol que aún no se oculta tras la selva.

Al bajarnos, los abuelos Florencio y Elvira salieron de su casa, ubicada a pocos metros de la balsa, para recibirnos. Los niños y niñas nos saludaban, y desde las ventanas de las casas más cercanas, mujeres se asomaban a ver llegar a los “rolitos”, como les llaman a los estudiantes que llegaban a su comunidad desde Bogotá. En el árbol del chisme; el paisa, la profe Yuli, Chota, Mocho y el negro René estaban sentados charlando. Más arriba, justo en la banca que se encuentra debajo del árbol de mango frente a la casa de la abuela Elvira, se encontraba la flaca, Elia, Jenny y don Carlitos. Por el corredor, Bella trayendo de la mano a Sarita mientras le gritaba a Victoria al patio de la casa.

Además de cargar nuestras maletas con exceso de peso, pues llevamos ropa de más. La remesa, la pipeta de gas, los huevos, algunos destripados y otros quebrados, mosquiteros, cajas, botas y el poco pan que nos quedaba, lo llevábamos en las manos atravesando la comunidad hasta llegar a la cabaña. Eso sí, nos tocaba tener cuidado con Alejo; el ternero que estaba en la parcela de camino a la cabaña justo después de atravesar el internado. Nunca nos hizo daño, pero sí intentó tragarse las bolsas del mercado y al estirar su trompa para que lo acariciáramos llegaba a arrinconarnos al alambrado.



Figura 2 Cartografía de Refugio. Elaboración propia, 2019

Esta fue mi llegada a Refugio, un asentamiento de 27 viviendas ilustradas previamente; todas construidas en tabla, la mayoría de los techos en láminas de zinc, otras con techo de palma al igual que un par de cocinas. Desde el barranco se podían ver tres o cuatro casas de dos pisos, realmente grandes. Unas considerablemente pequeñas y otras aparentemente abandonas. Sobresalían antenas de DIRECTV de los techos. Los patios traseros de las casas parecen pequeños conucos²¹ con árboles frutales; mango, banano, limón y hasta caimo. incluso hiervas como la albahaca y la limonaria.

Por el corredor central, diagonal a la huerta de la casa cabildo, Leidy y su esposo adecuaron una pequeña habitación de su casa para montar una tienda; venden enlatados, jabones, cerveza, tiros para escopeta, pilas para linterna, galletas, entre otras cosas. Inaid

²¹ Pequeños espacios destinados a la agricultura familiar, similares a las chagras.

también montó su tienda, y entre María, Ismael y Mario se encargaban de administrar el negocio cuando ella se iba a la chagra en compañía de sus otros hijos; Ángela, la menor y uno de los mayores. También había una cabina telefónica de Compartel justo al lado de la casa de la abuela Elvira, junto a la maloca instalada desde el 2005. Las tarjetas de distintos saldos para poder realizar llamadas telefónicas se podían conseguir con Victoria, la gobernadora; quién también administra una tienda comunitaria abastecida con el dinero del cabildo.



Figura 3 Casa de Jenny y Olivia, maloca familia Yaci Guzmán, cabina de Compartel.

Elaboración de propia, 2015

El internado; los salones y dormitorios son las estructuras más rígidas de la comunidad, y no solo por estar construidas en concreto, sino porque representan uno de sus proyectos más significativos; los esfuerzos, gestión y mano de obra de los habitantes. Uno de los salones contiene dispositivos tecnológicos como tablets, impresoras y computadores portátiles. Se denomina kiosco digital, gracias a uno de los programas del Ministerio de las Tecnologías. Disponibles desde el 2008, suministra el servicio de internet, bastante lento, pero permite a los habitantes y visitantes navegar en las redes sociales y portales de búsqueda.

Refugio cuenta con espacios comunitarios que han sido escenario de muchas de las historias que pude compilar a lo largo de mis visitas al territorio. El árbol del chisme, es uno

de ellos, se sitúa frente a la casa de Chejo, diagonal a la casa de la profe Yuli. Su trascendencia la da el amplio espacio de la banca que rodea todo el árbol de pomarrosa. Permite a los comuneros en general desde echarse una siesta, esperar una llamada telefónica hasta congregarse para charlar sobre los devenires de la comunidad, los botes que van y vienen a lo largo del río y los cacharos o chismes por actualizar. Por ese mismo corredor varios metros abajo, justo en frente de la casa de doña Inaid, diagonal a la iglesia cristiana (en la cual la abuela María hace las veces de pastora) hay otra banca que cumple la misma función, hacerse junto al barranco, tomar cerveza y hasta ahumar la carne de monte mientras se tiene una larga conversación.



Figura 4: Casa profesora Yuli y tienda del cabildo, árbol del chisme (pomarrosa), casa de Chejo y casa cabildo. Elaboración propia, 2015

Las ventanas de las casas no son tan grandes, a fin de cuentas, no son muy necesarias para tener una buena vista de la comunidad, pues en realidad son las cocinas las que están a un nivel más alto y no dejan perder un detalle desde las paseras al río, al interior de la comunidad o a la cancha de fútbol principal. Entre las casas siempre hay un espacio de tránsito interno, un pequeño espacio sin cercar o un par de tablas caídas que sirven de camino y de puerta entre los patios traseros, que la mayoría de veces dan a la casa de la abuela Elvira y la maloca de su esposo Florencio Yaci.

UN DÍA EN REFUGIO

A lo largo del día se hace familiar el sonido de las ollas en los pasillos, el lavado de los trastes, los machetes cortando la leña para dejarla lista antes del almuerzo, y las campanas del internado avisando el cambio de clase, recreo o salida al comedor comunitario. En ocasiones la señal que irrumpe las actividades de quienes van pasando por el corredor cercano a la cabina telefónica, es una llamada. Quien esté cerca del teléfono, se ve en la obligación de contestar y de gritar en voz muy alta el nombre de quien es requerido. Así quien escucha a lo lejos retoma el mandado y grita hasta que el o la solicitada llega a contestar la llamada que le hacen por segunda vez.

Los días en Refugio son bastante activos, el tránsito hacia las chagras es continuo, a veces entre los cultivos se logran escuchar motosierras cortando palmas de chonta o troncos, porque árboles maderables poco hay en Refugio. Es común encontrarse por los caños a gente de la comunidad yendo de pesca o buscando frutos, según la temporada del año. Durante las mañanas, algunas mujeres se dejan ver desplazándose a las chagras con sus canastos o costal de lona en una mano, y en la otra un machete bien afilado. Otras van de pesca, acompañadas de sus maridos, con otras madres o con sus hijos menores sentados en la proa. Se ven alejarse del barrando en sus peque peque conduciendo sin dificultad. Llevan a su lado, justo en la parte menos húmeda del bote, anzuelos, lombrices y un improvisado portacomidas que antes fue un tarro de manteca en el cual ahora cargan arroz, yuca y pescado, primordialmente. También, cargan machete y el saca aguas del bote. Imprescindible no olvidar el remo. Para meter los peces no necesitan un balde, basta con cortar un palo dejándole varias horquetas en

las cuales poder ensartarlos por el opérculo hasta la boca. Mientras tanto los niños estudian con los profes Lucas, Ceriyama, Florencio y Yuli. Los hombres han salido justo después de desayunar a las chagras a pelar el monte, fumigar sus caminos de cacería, revisar su tabaco y las plantas de coca que tienen cultivadas.

Justo a las 5 de la tarde, se enciende la planta de energía eléctrica que ilumina la comunidad hasta las 11pm. Las cocinas a esa hora empiezan a humear de nuevo. Los hombres que han vuelto con los canastos llenos de hoja de coca o de tabaco, se dirigen hacia la maloca comunitaria, preparan los tiestos y se disponen a preparar el mambe o el ambil; actividad que puede durar alrededor de 4 horas dependiendo de la cantidad de la hoja y los colaboradores. Prender la leña no es una tarea compleja, arrimar los tizones, insertar hojas secas y atizar de nuevo mientras se sopla con delicadeza son las técnicas que usan Elia, la abuela María y la mayoría de mujeres. Después de darle comida a la familia, el plan es acudir a los televisores de quienes han pagado el servicio de DIRECTV, de no ser así, se encienden los equipos de música o se ponen las películas que por más de 5 veces se han visto los niños.

La maloca también se ahúma, y a eso de las 7 pm es transitada por los mambeadores, quienes se sientan en un costado de la maloca junto a uno de los cuatro pilares principales para dialogar, compartir la palabra mediante el mambe; aquel polvo verde de hoja de coca mezclado con la ceniza de hojas secas de yaruma. También chupan ambil; untan sus meñiques de pasta de tabaco puesta en pequeños tarros que antes almacenaron medicamentos o rollos de cámaras. El espacio de diálogo se extiende durante la noche y abarca los cuentos, hazañas, recuerdos, mitos, oraciones o procedimientos para las actividades a seguir desde el

cabildo, el internado y la toma de decisiones. Éste se enmarca como otro de los espacios claves que abrió la puerta a la presente investigación.

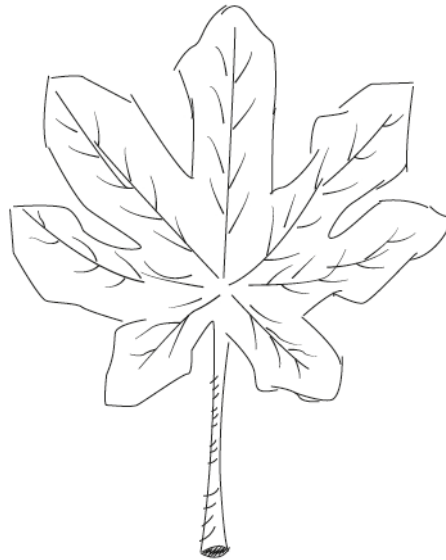


Figura 5: Hoja de Yarumo. Elaboración propia, 2018

Llegadas las 10 de la noche, algunos se van para que no les toque alistar sus materiales con linterna, otros salen por cansancio o aburrimiento. Quienes se van de caza han solicitado permiso en la maloca, han marcado sus rutas, han planeado sus horas de llegada, el animal detrás del cual van o el pescado que quieren picar durante la noche, el que desean tener en su plato al día siguiente. Sin olvidar sus botas, el par de cartuchos en los remendados bolsillos, la escopeta, arpón, chuzo y remo al hombro. Salen de sus ranchos a medio caerse, bajando al puerto donde los espera el bote, prestado o propio. En él, un machete no muy afilado, el tarro que antes fue de suavizante de ropa, manteca o aceite de motor, ahora cortado en diagonal y por la mitad hace las veces de saca aguas. Prefiere ir solo, el silencio es el mejor amigo de un cazador.

EL PUEBLO MURUI

Justo el día de nuestra presentación a la familia Yací Guzmán, la cual nos apadrinaba durante la estancia en campo, pasamos a dejar nuestras maletas a la casa de Elvira y a comer un buen plato de comida en su cocina. Seguido de esto nos desplazamos a la maloca que está justo a lado de su casa. Dentro de aquella construcción de techo de palma y cercado de tabla, una farola encendida de luz tenue, el abuelo Florencio y sus dos hijos; Mako y Rodrigo. Nos sentamos junto a ellos de forma circular, justo como las bancas estaban ubicadas. Después de saludar y sentarnos, pasaron unos minutos de silencio hasta que Mako interrumpe: Primero que todo gracias a Moo.²² Hace un agradecimiento por tenernos de vuelta en su casa después de tan largo viaje.

Procede diciendo: somos Murui, hijos de coca y tabaco, por eso como ustedes pueden ver, aquí están (señala la tabla de madera que está en el suelo, justo en frente del abuelo, sobre la cual está el tarro de mambe y el potecito de ambil). “La identidad como hijos de tabaco, coca y yuca dulce mantiene viva la esencia y razón del ser indígena” (AZICATCH, 2006, p.18) es parte de lo que los viejos de la comunidad dejan claro al de “afuera” pues a lo largo de su proceso de revitalización cultural, Refugio enmarca el acto de mambear y la construcción de su primera maloca en 2012 como ese “ser indígena” pues abre la puerta a los espacios comunales, las discusiones, toma de decisiones, y desde luego, la reflexión, agradecimiento y permiso espiritual a Moo y a los seres de monte y río.

²² Dios todo poderoso para el pueblo murui.

Dentro del plan de vida realizado por el pueblo murui de Puerto Leguízamo las comunidades consignaron que el manejo y el cuidado de todo se realiza a través del tabaco y sus poderes. En Refugio, cuando se refieren al control de todo, se remontan a las historias sobre cómo sus abuelos curaban los malestares de los suyos, a la forma en que protege la planta, ahuyentando serpientes en el monte, y alejando los malos espíritus. Un claro ejemplo de la agencia del tabaco, es la historia contada por Elia sobre el niño del pueblo Inga que fue raptado por los seres del río y recuperado por los ancianos gracias al uso de las plantas para solicitar a los abuelos del agua que lo saquen, porque, así como los Yukuna, en Refugio “Los peces son vistos como seres vivientes humanizados, son considerados la gente-peze que desde un pasado remoto se convirtió; primero fueron gente y luego peces. Por dicha razón los peces viven como indígenas en sus malocas subacuáticas, poseen una organización social similar, tienen sus chamanes y realizan sus propios rituales” (Rodríguez & Van Der Hammen, 1996, p.247).

Es por ello que la anécdota contada por Elia lo reitera, “Al niño lo sacaron los abuelos, ellos tenían mucho poder (refiriéndose al ambil). A él, la gente del río lo dejaron en la punta de una playa. Mire que cuando ellos hacían el ambil y la coca usted oía cantidad de animales que salían del agua; la boa, el bufeo, la raya, todos esos espíritus” (comunicación personal, 2017). Aquella anécdota se soporta en lo comentado por el pueblo Murui del río Putumayo en el plan de vida pues “Todo el cuidado lo hacían con el poder del tabaco, con eso se controlaba todo, con la palabra dulce de consejos, porque el tabaco, coca y yuca dulce son los elementos sagrados que de Dios nos dio” (Fundación ZIO-A’I, 2018, p.26).



Figura 6: Totuma de mambe. Elaboración propia, 2018

Ahora bien, ¿qué es el mambe y el ambil? Para los viejos de la comunidad en cuestión, el mambe es la palabra de consejo, en el momento adecuado y con la precaución que lo requiere, es un proceso ritual apropiado por viejos, y umbral de jóvenes. El mambe es hembra, calienta el cuerpo y conlleva a la concentración. Por su parte el ambil es guía y complemento. Para algunas mujeres como Elia y Elvira el ambil cuida espiritual y físicamente, no se limita al conocimiento masculino, sino que es compartido por todos. Según Elia “para charlar bueno y contarle esas historias que a usted le interesan tengo que buscar mi ambilcito, yo le comparto un poquito de este, que está bien bueno, me lo hizo mi viejo [...] nos da palabra y nos cuida, usted chupa ambil y no se enferma”.

El uso ritual de las dos plantas se ha podido datar en la Amazonía colombiana por años, alrededor de los ríos Caquetá, Putumayo, Apaporis, Río Negro y Mirití (Echeverry & Pereira, 2010). Aunque las preparaciones son diversas, las plantas hacen parte de sus mitos fundacionales de los cuales emergen un sinnúmero de interpretaciones que según Felisandro “dan vida a las plantas que antes fueron humanos” (comunicación personal, 2018). No

obstante, el acto de mambear como ingestión de la coca en polvo, además de ser una labor masculina está

Ligada a la educación corporal y moral, y segundo, es un vehículo de la vida social y política, expresado en su forma más clara en la institución del mambeadero, sitio de preparación y consumo del polvo de coca y sitio de diálogo. Ambas maneras – disciplina corporal y disciplina social- tiene un sentido fundamentalmente religioso y están también íntimamente ligadas al consumo de tabaco (tabaco en pasta o ambil, en el Caquetá-Putumayo; tabaco en rapé, en el Vaupés). Ese sentido religiosos del consumo de coca y tabaco lo manifiestan los indígenas cuando dicen que la coca “tiene espíritu” y es por eso por lo que mambear coca no es meramente pintarse la boca de verde, es decir, no solo importan el consumo de la sustancia o sus efectos levemente estimulantes, sino las disciplinas corporales y sociales que se derivan de las maneras como la planta de coca es entendida y manejada. (Echeverry & Pereira, 2010)

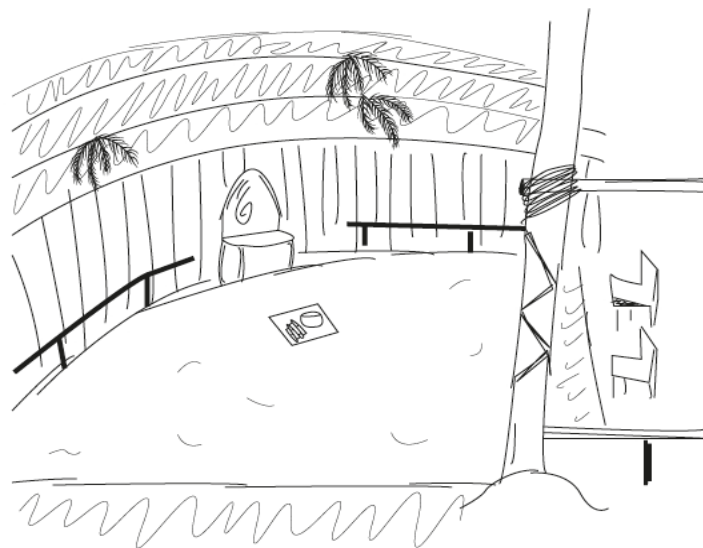


Figura 7: Mambeadero maloca comunitaria. Elaboración propia, 2017

El mambadero, al igual que el fogón y la posición del maguaré tienen un lugar específico, una orientación dentro de la maloca y un sentido de ser y de estar presentes en aquel espacio colectivo que es regido por los cuatro pilares de una maloca hembra, redonda de doble entrada; una por donde sale el sol y otra por donde se oculta. Es de chonta y techo de irapai. Pilares que en Refugio no son muy claros por algunos viejos, pero que a fin de cuentas debajo de cada uno hay un espacio ya reconocido por los comuneros, justo en frente del mambadero está el fogón de las mujeres y los tiestos necesarios para escurrir la yuca, el fogón para tostar la faríña o hacer el casabe, junto al gran trozo de tronco cóncavo en el cual se machaca la yuca. Elia, esposa de Carlos Guzmán, heredero de la casa familiar, recuerda cómo en su infancia se ubicaban en la maloca;

Nosotras teníamos nuestro sitio, nuestro pilar: como son 4 pilares de la maloca, los abuelos aquí, las mujeres allá, los jóvenes y los niños en el otro pilar. Para allá nos mandaban, nos ponían nuestra olla, de barro, porque antiguamente no se conseguía de esa olla como ahora, eran pura de esas ollas de barro. Mi abuela nos mandaba a nosotros a prender el fogón y a cocinar pescado y, todos los días estar echándole candelita, ají, agua de yuca dulce, pa' que el pescado se cocine y quede blandito. Hacíamos casabes, juares (envueltos de yuca). Mi abuela nos daba masa y nos poníamos a hacerlos. Pero nos quedábamos en el lugar de nosotros, no nos metíamos ni donde los abuelos ni donde otros, ahí en nuestro patio. El lugar de las mujeres es hacia allá, diagonal al mambadero, donde uno exprime, donde está el batan, el cernidor y todas esas cositas así. (Elia, 2018)

Justo al lado, el colgadero de chinchorros de los bebés. Y al otro costado del mambeadero el fogón de cocinar el ambil, el mismo donde se tuesta la hoja de coca y el pilón de chonta donde se hace polvo.

Estas maneras de concebir la maloca son propias del pueblo Murui; mal llamado uitoto o witoto gracias a la adaptación del término despectivo *itoto* “empleado por los grupos karibes (los karijonas, vecinos de los uitotos, hacen parte de esa nación) presentes en las zonas amazónicas, para designar a los miembros de gentíos sobre los que ejercían sus continuas razzias con objeto de capturar esclavos” (Urbina, De Corredor, Cecilia, & Román, 2000) Además de este caso, el pueblo murui ha sido protagonista de toda una serie de “proyectos civilizatorios” que impactaron la historia de sus territorios en el Putumayo. A finales del siglo XIX e inicios del XX “el ingreso de capuchinos obedeció explícita y estructuralmente a esas políticas de “civilización” e integración de nuevos brazos para el progreso material, lo mismo que a la incorporación y defensa del territorio” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2014, p.243) donde el plan de incorporar a las vastedades de la Amazonía y a sus nativos pobladores comprende la vinculación directa del pueblo “uitoto” con la extracción de recursos, el negocio del látex a cambio licor y herramientas, seguida de la consolidación de la Casa Arana que con sus “sistemas coercitivos y de terror contra los indios la flagelación, la mutilación, la incineración la retención en cepos, el tiro en blanco, entre otros” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2014, p.245) se posiciona como uno de los genocidios más representativos de la historia del país.

PROCESOS ORGANIZATIVOS Y REVITALIZACIÓN CULTURAL

El vestigio de su historia no solo los lleva a querer olvidar, sino a reconstruir a partir de los últimos años, cuestionando no solo la importancia de su ascendencia y la riqueza cultural de la misma, sino gestando gran interés por aprehenderla. Actualmente, ha sido usada como un mecanismo de gestión y reconocimiento en relación con las comunidades vecinas. “Los uitotos tiene una lengua dividida en cuatro grupos dialectales: el bue, el mīca, el mīnica y el nīpode” (Urbina, De Corredor, Cecilia, & Román, 2000, p.43) Refugio conserva aún una totalidad de 4 hablantes y un par de personas que solo lo entienden, es por ello que la lengua es uno de los focos de atención en el currículum educativo de la Institución D+ona Safia.

Para Roger, gran pescador de la comunidad, la escuela representa “un espacio de fortalecimiento de los conocimientos ancestrales” (comunicación personal, 2017). Aquella institución y el poder comunitario logran la materialización de los pequeños proyectos propuestos por el cabildo y son usados en Refugio como una herramienta de peso político-administrativo. Esto además de responder al llamado y necesidad que ONGs y el estado hacen ante la representación de la identidad de estas comunidades, responde al “interés de las propias comunidades o de facciones dentro de ellas de consolidar voceros y estructuras de representación que les permitan una participación estratégica en los diferentes escenarios que han surgido en los nuevos contextos” (Del Cairo, 2010)

Aquellas herramientas organizativas que han permitido a los comuneros desempeñar cargos tanto en la alcaldía municipal, como en el cabildo de la comunidad, y que le brindan

la oportunidad a jóvenes y ancianos de hacer parte de cada actividad, buscan siempre el beneficio común. Algunas de las obras que se han materializado han sido las remodelaciones y adecuaciones a la escuela, la instalación de un trapiche que procesaría la caña de las distintas chagras, la planta de tratamiento de aguas y el cultivo de pirarucú en el dique que fue construido años atrás. Además, aquel colono que lleva asentado varios años en la comunidad también puede postularse a ser gobernador o alcalde del cabildo (el interés principal es la gestión de los recursos para la comunidad, y el medio; el discurso indígena y etnopedagógico de la escuela). Estos procesos de redefinición de la identidad buscan la generación de procesos culturales “políticos y sociales que les permitan configurar nuevas identidades y sociabilidades y calibrar su posicionamiento en el marco de las relaciones de poder que imperan en la región” (Chaves, 2010, p.86)

Ahora bien, queda claro que el sistema de gobierno propio en las comunidades se ha transformado de manera positiva para la gestión y el diálogo; se trata de la inserción de los pueblos para posicionar su punto de vista a nivel departamental y nacional, ya que han sido denominados como los municipios más importantes en el marco del postconflicto. Es la asistencia al llamado de los entes de orden político como ministerios, programas de apoyo y fortalecimiento educativo para que se mantengan en contacto con gobernador(a) y alcaldía del cabildo encabezado por mujeres y abanderado por Flor Victoria Guzmán desde los últimos 6 años.

Esta situación derrumba, una vez más, los preceptos sobre la participación de las mujeres en los procesos locales “La exclusión de la mujer del mambeadero ha tenido como efecto su poca participación en los nuevos espacios políticos y organizativos, aunque su

poder de movilización ha venido aumentado en los últimos años” (Echeverry & Pereira, 2010). El hecho de que sea una mujer la que durante varios años ha tomado la batuta de su comunidad, hace que ésta y otras más, ocupen la maloca y al mismo tiempo el espacio del mambadero, no todas las noches, pero sí, los momentos de planeación comunitaria más relevantes.

SU HISTORIA

Refugio ha sido un espacio de tránsito, el encuentro de varias maneras de ver y caminar la selva y el río, diferentes credos y la construcción de un proyecto de vida. Pero de base siempre ha sido una familia, los Guzmán; Elvira, Rosendo, Dense, María y Carlos quienes actualmente viven en Refugio son evidencia de ello. Son la descendencia de Liborio Guzmán y María Cabrera, el corregidor de Chorrera, Amazonas y una joven criada en la cuna del pueblo murui bajo las prácticas tradicionales propias de inicios del siglo XX, quienes posteriormente, radicados en Leticia, dan vida a uno de sus hijos; Víctor León Guzmán, quien se enamora de Elisa Cuellar, hija del colono Cristóbal Cuellar y Emilia San Juan (una mujer siona), justo después de haber hecho parte del ejército colombiano, trabajar como oficial de máquinas en la marina, vuelve a su territorio a trabajar como maquinista de buques navegando los ríos Amazonas y Putumayo. Con Elisa, Víctor se casa en Leticia, pide la baja y se radican por un tiempo en Chorrera, donde nacen dos de los doce hijos que tuvieron (Cano, 2016).

Posteriormente, al fallecer uno de sus hijos deciden viajar a Leguizamo cerca de la familia de Elisa. Estuvieron allí radicados hasta asentarse en Isla nueva donde nacieron los actualmente, abuelos de Refugio. Tuvieron que dejar Isla Nueva, pues poco a poco ese territorio se veía en disputa estatal ya que geográficamente terminó siendo un espacio sin dueño, que el río se estaba tragando. Se trasladaron temporalmente a otra finca en la cual se radicaron con sus cultivos agrícolas. Finalmente, Víctor transitó por un territorio de bosque no muy tupido, ideal para construir la casa que brindaría estabilidad a Elisa en compañía de sus hijos ya más grandes y formados para laborar la tierra.

Limpiaron la parte alta del terreno en toda la curva del río, empezaron a hacer sus caminos y a buscar los materiales que les permitiría a Víctor y a sus tres hijos mayores construir la casa de la familia Guzmán Cuellar. En cuanto la vieron casi lista, fueron en búsqueda de Elisa y el resto, para poder establecerse en las tierras que actualmente se denominan Puerto Refugio. Aquella casa es el gran patrimonio familiar y fue heredada por Carlos Guzmán donde actualmente reside con su esposa Elia (de procedencia peruana).

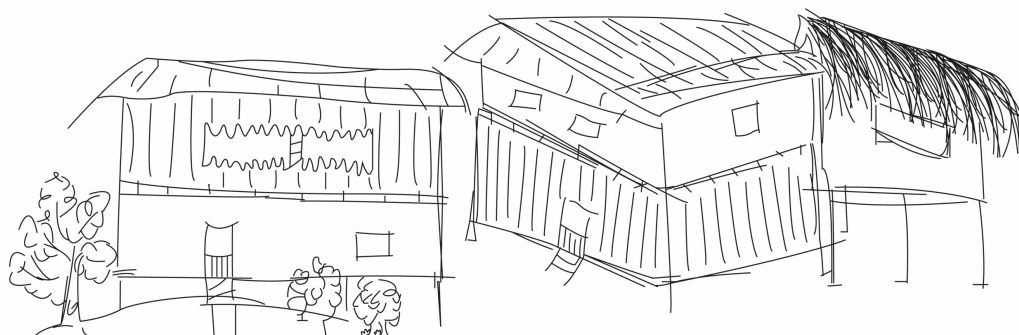


Figura 8: Antigua casa de la familia Guzmán y actual casa de Carlos y Elia. Elaboración propia, 2015.

Es en el año 1959 (Cabildo indígena de Puerto Refugio, 2019) cuando esta familia se radica y funda la comunidad. Allí Elisa, de avanzada edad, replica todas las enseñanzas que le transmitió su familia en sus hijas, a la hora de conservar los cultivos y la estructura de la chagra, teniendo de base alimentaria la yuca, los árboles frutales y el ají. Por su parte, Víctor se desplaza con sus hijos mayores a laborar a orillas del río Caraparaná aprovechando el auge del comercio de pieles y de maderas, laboraron desde muy jóvenes aserrando, tumbando monte, caminando la selva en búsqueda de árboles maderables y tigres mariposas. Dense enuncia que “por eso es que ya casi no hay, nosotros trabajamos todos los alrededores del río, botábamos los animales al agua después de quitarles la piel y cargábamos unos tablones inmensos. En ese tiempo casi ni motosierras habían, pues “en esas lo que más se usaban eran los serruchos largotes que se halaban entre dos, a lado y lado del árbol” (Elia, 2017)

Fueron llegando diversas personas que bajo las distintas bonanzas se desplazaron por los ríos Caraparaná, Putumayo y Amazonas hasta encontrar en Refugio estabilidad para sus familias y la continuidad de sus labores desde allí. De colonos o de diferentes etnias, Refugio se fue poblando poco a poco reconstruyendo el tejido social antes roto por las caucherías. Así mismo en varios pueblos amazónicos como Leguízamo y las comunidades pertenecientes a su jurisdicción, son producto de una serie de migraciones y constantes movilizaciones por parte de las poblaciones, no sólo indígenas de diversos pueblos, sino también personas del centro del país que llegan despojados por la estructura nodal de los centros poblados como Caquetá y Puerto Asís.

En 1991 la Constitución Nacional de Colombia donde se declara al país como un Estado pluriétnico y multicultural, se reconoce por primera vez a las poblaciones indígenas

como sujetos de derechos. A partir de este momento solo las formaciones indígenas bajo la estructura de un cabildo indígena serán validadas por el Estado. Sin mayor medida Víctor León y sus hijos junto con otras dos familias reconocen su “raíz étnica Murui” y se constituyen como el cabildo indígena de Puerto Refugio.

Refugio no solo cuenta con un pasado de migración, es también la convergencia de un contexto histórico trascendental. Historia cultural a la que dicha comunidad le ha apuntado a recuperar, desde la fundación de la Institución Educativa D+ona Safia y su apuesta por la educación propia como herramienta política y estrategia pedagógica para su reconocimiento en 2001, hasta la construcción de la primera maloca en el año 2012. La consolidación de sus procesos administrativos con la conformación de su casa cabildo al servicio de todas y todos en el año 2007 (Cabildo indígena de Puerto Refugio, 2019), remodelada y reconstruida en 2015.

SU ENTORNO

Vivir en Refugio o por lo menos hacer parte de sus dinámicas cotidianas en diferentes temporadas del año deja aprendizajes sobre la manera en que funciona el territorio. Permite saborear las frutas más ricas y las temporadas más difíciles para acceder a caños, cochas y cananguchales, además porque donde hay moriche²³, siempre hay agua, dice mi padre. Entre diciembre y enero se da la mejor temporada, los atardeceres más bellos, los cielos nocturnos

²³ Nombre que en los llanos orientales es designado a la palma que en Refugio es llamada canangucho

más despejados y la cosecha de los frutos más codiciados. Caimito, uva caimarona y canangucho, juntan a las familias y vecinos entorno a un balde, mientras se ven un partido de futbol en la cancha de cara al río o sentados en el piso de la cocina echando chisme.

También son temporadas de trabajo, pues es bueno para limpiar las chagras, tumbar y quemar. La siembra de yuca y piña en las diferentes chagras hace que la gente se congrege entorno al trabajo colectivo también llamado minga que con suerte ofrecerá chicha.²⁴ De lo que no cabe duda es de encontrar en la sombrita, en medio del rastrojo el termado de caguana; en este caso una bebida bastante espesa hecha a base de almidón de yuca, endulzada con panela y saborizada con un buen trozo de piña licuado. Al final de la jornada, el almuerzo está en manos de quien convoca la minga. Dependiendo de la cantidad de personas se puede ser merecedor de casabe con iyíco una preparación de pescado, que, sin importar los tamaños, pero sí la cantidad de peces (pues debe ser abundante), se ponen a cocinar en la olla más grande durante varias horas hasta que las espinas se deshacen y ya no se sienten. Solo sal y un poquito de ají hacen de este plato un manjar.

Cabe anotar que las fechas del año en que más se mantiene unida la comunidad es durante los meses de Junio y Julio, principalmente a finales de este último mes, pues desde hace varios años se ha venido celebrando en Refugio el campeonato de futbol que congrega comunidades de diferentes pueblos, y entiéndase pueblos en este documento como uno de los “términos empleados por los indígenas colombianos (que connota) a los distintos 84 grupos étnicos” (Jackson, 2010, p.249) que se asientan en las distintas comunidades

²⁴ bebida fermentada a base de yuca dulce

circunvecinas desde las cercanías del centro poblado de Puerto Leguísimo hasta Puerto Alegría, comunidad bajo la jurisdicción del departamento del Amazonas. Aquel evento deportivo se lleva a feliz término a mediados del mes de agosto, justo en temporadas donde empieza a bajar el invierno.

A mitad del año las fuertes lluvias hacen desbordar las aguas sobre todo tipo de monte cercano al río, incluso las chagras se ven afectadas por los días más fuertes del invierno que de entrada significa también, la subienda de peces, es decir, un momento de abundancia pesquera (lo cual trae consigo el burbujeante cocinar de los peces, en las estufas de leña de las abuelas de Refugio, mientras preparan el iyico), siendo esta una alternativa para no dejar perder tanto pescado y no salarlo todo para comer en caldo o frito. Aquello se da por un tiempo relativamente corto, pues al finalizar el invierno se dificulta la pesca, ya ni en la balsa hala pescado en los vareadores²⁵. Las mayas tendidas durante la noche y recogidas a la madrugada no agarran más que picalones y un par de arawanas. La disminución de los peces es considerable.

SUS MUJERES

En Refugio no existen restricciones para las relaciones interpersonales más allá de la familia en primer y segundo grado. Los chismes sobre las visitas nocturnas que hacen algunos de los solterones a mujeres de la comunidad son parte de las redes que se crean en los

²⁵ Herramienta de pesca que consta de un palo o vara delgada de la cual se sujeta el nailon que se sumerge con el anzuelo gracias al peso que ejerce un pequeño pedazo de plomo en la punta

caminos. Con ello, queda claro que el núcleo familiar se compone de manera exógama, además tratándose de la familia Guzmán y sus tres generaciones en el territorio como núcleo poblacional de Refugio.

Pero aquellas generaciones han incrementado debido a las ligazones del visitante, colono o blanco que llega a la comunidad. Aquellos que han podido tener vínculos con las mujeres de Puerto Refugio estuvieron allí debido a los proyectos estatales, construcciones cercanas, ejército y narcotráfico; actividades que traen consigo la mano de obra masculina desde el interior del país (Cauca, Antioquia y Neiva en mayor medida) hacia estas zonas. Paisanas encantadas o tal vez ingenuas se han dejado seducir por aquellos hombres, visitantes que viven en tránsito constante, tan solo dejan su palabra de compromiso para con sus hijos o hijas bajo la promesa de volver o llevárselas a la ciudad. Este es el caso de algunas de las mujeres y jóvenes que residen en Refugio actualmente.

La movilidad de las familias de la comunidad se debe, entre otras razones, a la participación de los hombres en cultivos ilícitos, la vinculación política y/o administrativa con el casco urbano de Puerto Leguízamo, o a las labores de comercialización ya sea de pescado o mambe. Evidentemente han sido hombres quienes ejercen este tipo de labores en constante vinculación con espacios de comercio como un ingreso económico fuera del subsidiado. Los adultos, en especial solteros, son quienes están fuera de Refugio y vuelven a sus casas dándole un animal de cacería, un poco de remesa o trabajo en especie, a mujeres solteras, o la esposa que los ha estado esperando allí.

Todo ello también depende de los momentos del año, en los cuales se cultiva y se cosecha, las temporadas de subienda y de escases, sin olvidar el calendario escolar y las fechas de vacaciones como un momento adecuado para el rebusque de jóvenes de noveno grado, octavo y hasta séptimo grado. Trabajos que no realizan de manera forzada, pues la ven como una oportunidad de entrada económica a sus familias, representa la primera posibilidad de obtener dinero para los adolescentes. Pero durante aquellas temporadas quienes siempre están en la comunidad, son las mujeres, madres que ven por sus hijos, la chagra y la casa, se aseguran de que los pequeños en edad escolar asistan a sus clases mientras que en compañía de otras mujeres y sus hijos menores van de pesca, a pelar el monte y a limpiar su chagra.

SU GENTE

Según el censo actualizado por el cabildo y el equipo de Yauda en campo, Refugio cuenta con una población total registrada de 326 habitantes, de los cuales 162 son mujeres y 164 son hombres. Cuenta con 98 núcleos familiares, y el porcentaje de población que se reconoce como Murui es del 89%, el porcentaje restante se reconoce en un 6% como Kichwa, 3% pijao y el 2% como colono. Podría asegurar que tan solo el 60% de las personas censadas de origen refugiano están radicadas actualmente allí, ubicadas en las 27 casas anteriormente ilustradas.

Así como los Guzmán, han sido varias las familias que han llegado en búsqueda de un reconocimiento o estabilidad; ser cobijados estatalmente. Buena parte de las personas que Refugio vio crecer se encuentran en constante tránsito, ya sea en el centro poblado de Leguísimo laborando y comercializando su pesca, o trabajando como raspachines de hoja de coca en las plantaciones aledañas río abajo; todo ello durante las temporadas de auge, subienda y cosecha. Tampoco es un secreto la vinculación de algunos comuneros, a las disidencias de los grupos armados que han acaparado el territorio amazónico. Evidencia de ello, un cacharro ocurrido;

Tan solo faltaba un día para que mi estancia de mes y medio finalizara a principios de agosto de 2018. Los compromisos académicos apremiaban y si no salía ese martes, me tocaba subir hasta el sábado, aunque la disponibilidad del bote aún no era segura. Destiné ese lunes para despedirme, pagar mis deudas en la tienda de doña Inaid, una colona que llega a Refugio en compañía de su esposo a laborar con los cultivos de coca hace ya varios años, actualmente vive con 4 de los 7 hijos que tuvo con Ismael; un hombre que por ir detrás de la coca se desplaza hasta el Caquetá con la promesa de volver. Los 4 están en edades entre los 13 y los 5 años, de estos, Mario y Chichico salen durante sus vacaciones escolares a trabajar raspando hoja. Internados en la selva raspan varias arrobas al día, sus pómulos llenos de picaduras se dejan ver al arribar a sus hogares faltando uno o dos días del inicio de clases. Chicos de los cuales también logré despedirme justo al salir de los salones.

Durante la tarde aproveché que el abuelo Felisandro, un hombre nacido en el centro del Amazonas y reconocido en la zona como médico tradicional de Araracuara, estaba enseñando a la abuela Elvira, matrona de Refugio, cómo tejer las hojas de palma irapai para el techo de

su maloca, de modo que quedara estrecho y tupido, y que, a diferencia de la palma convencional, tuviera una duración más larga y su cobertura no dejara pasar el agua de las fuertes lluvias. El inicio era complejo pues solo aprendí a hacer el tejido después de que el abuelo entrelazó cuatro hojas de irapai. Tenía unos 20 cortes de chonta de 3 metros cada uno en los cuales se tejía la hoja, sin necesidad de cabuyas o alambres. No tardé mucho en cogerle el tiro, eso sí, solo después de tener unas diez espinas incrustadas en mis dedos, gracias a una serie de puntas afiladas que sobresalían a cada lado de las hojas y las esquirlas de la chonta que quedaban sueltas. Tan solo pude hilar las hojas en los tres metros de la chonta cuando ya vi que me estaba cogiendo la noche. El abuelo estaba orgulloso de nosotras; Elvira y yo sentadas toda una tarde echando cuentos mientras intentábamos no equivocarnos.

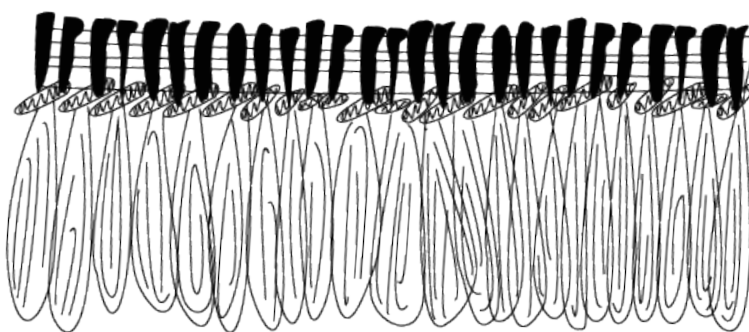


Figura 9: Tejido de palma irapai en palo de chonta. Elaboración propia, 2018

Eran casi las 5 de la tarde cuando a la maloca llega Ismael, o Cuñao como también le llaman; un hombre siempre sonriente y activo, vive en compañía de la familia de su hermano Nelson en una casa de cara al río que está justo en medio de la casa de la abuela María y la de doña Inaid. Me estaba despidiendo y, al ver que nunca compartimos durante el tiempo que estuve allí desde que le dije que me llevara a cacería me propuso que nos fuéramos enseguida a pescar, él se conseguiría el bote, lombrices y motor, mientras yo buscaría quién me fiara un galón de gasolina. Íbamos muy cerca al lado peruano en la bocana del Engaño, un concurrido

caño para la pesca y caza. Lo conseguimos todo en menos de 15 minutos, fui por mis botas pantaneras y mi vareador; una improvisada caña de pescar, que gracias a la pequeña horqueta que se hace en la parte superior de un palo no muy grueso, facilita el amarre del nailon del cual cuelga el anzuelo y el pequeño cubo de metal que le da peso para que se sumerja.

Decidimos meternos un par de vueltas caño adentro, mientras hablábamos de los sobrinos de Ismael, pequeños que van en grado octavo y quinto de primaria. Decide hablarme de lo preocupado que está por los aprendizajes de los niños, especialmente desde el conflicto armado y la coca, pues tanto los padres como él mismo, su tío, han laborado en ese mundo por años. Al ver que no halaba nada de pescado en el punto en que estábamos le propuse adentrarnos un poco más en el caño, ante lo cual se negó. En razón de ello me contó que días atrás, su hermano estaba pescando más hacia adentro, y del monte, junto a uno de los ranchos que hay por ahí montados salieron dos hombres pidiéndole que los acercara a la comunidad para comprar un poco de remesa. Al arrimar a Refugio, se metieron a la casa de él, pidiéndole que llamara a uno de los residentes de la comunidad o “a un man que lo hacen llamar el flaco” yo si lo había visto por ahí, pero no sabía exactamente quién era ni dónde residía, solo lo había visto comprando tarjetas de minutos y en la cabina del teléfono de la comunidad.

Lo hicieron llamar y dentro de la casa de Ismael, lo abordaron con arma en mano, delante de los niños, preguntándole si andaba de sapo por ahí, qué estaba haciendo y si sabía algo de uno de los habitantes de la comunidad. Él al negarse fue amenazado, pero en primer lugar a quién querían era realmente al otro hombre. Todos supimos de quién se trataba, pues se especulaban sus vínculos con miembros de grupos al margen de la ley. Además de escuchar los drones rondar sobre la casa en la que yo habitaba, ver pasar a la armada peruana

con buques de guerra, saber que los campamentos de coca estaban siendo bombardeados y escuchar el relato de Ismael, me dejó claro que estábamos en un momento coyuntural para los cultivos ilícitos y, por ende, la economía de varios de los habitantes de Puerto Refugio.

Los niños empalidecieron a la salida de los hombres, María, su madre, intentó persuadirlos llevándolos a la chagra. La sorpresa con la que Ismael me lo contó, me generaba una sensación de inseguridad pues estábamos en uno de los epicentros del brote de los conflictos entre disidentes de grupos armados, cocaleros y comunidades de la zona; en su mayoría indígenas Murui, Ingas, colonos y hasta secoyas en lo que respecta a las cercanías con el Perú y Amazonas. No pasaron 10 diez minutos de terminar la conversación cuando escuchamos un bote acercarse entre las cortas curvas del caño. Lo más extraño de todo era la rapidez con la que se acercaba el sonido, pues al tratarse de pescadores, en lo que respecta a las comunidades colindantes con Refugio, cada familia tiene un peque peque; como les llaman a los motores entre 9 y 10 caballos de fuerza que impulsan los botes de madera. No se trataba de un peque, sino de un motor de mayor potencial, y al ver de nuevo la cara de Ismael, ya no muy radiante e inconclusa, entendí que algo sucedía y más cuando dice: ¡Son ellos Chavita! los manes, van para los cultivos que tienen por allá abajo, (se refería a adentrarse en el caño hasta el Cocará, un cocho situado en costado peruano de la frontera).

Me dijo que nos quedáramos quietos, que no nos moviéramos de ahí. Tan solo corrimos nuestro bote más hacia la orilla agarrándonos de las plantas y troncos que sobresalían del agua. Sigamos pescando como si nada, me dijo. Pero en la maniobra de correr el bote, dejé que mi anzuelo se hundiera más, hasta quedar enredado bajo el agua. Mientras tanto el sonido del motor se aproximaba con velocidad. Al darme cuenta intenté halarlo con fuerza, pero fue

en vano. Me resigné a dejar el anzuelo hundido y tener una conversación improvisada con Ismael. Para sorpresa mía, al dar la curva el bote que venía por el río era conducido por la persona que estuvieron buscando en casa de Ismael días atrás, y en la mitad del bote dos hombres sentados; un desconocido armado y otro de los comuneros de refugio quien nos saludó con familiaridad.

Este no es un cacharro común, pero es uno de los ejemplos que dejan notar parte del contexto de una comunidad que *NO* se compone de distintos conjuntos poblacionales, es decir, aquí llegan cocaleros, dragueros (trabajadores en extracción de minerales del río), campesinos o colonos, indígenas colombianos o peruanos. En esta comunidad es posible vincularse con distintas actividades económicas y el hecho de hacer parte de manera colaborativa a grupos al margen de la ley deja claro que algunos hombres (solteros o padres de 4 hijos que están estudiando en el internado bajo al cuidado de sus madres erigidas en la comunidad), también se pueden desempeñar como cocaleros, han sido o son estudiantes, han prestado servicio militar, son niños de madres indígenas y padres colonos.

Refugio es el espacio donde a la única persona afrodescendiente le llaman el negro murui, también es la coexistencia intercultural, es el arte de la gestión administrativa y del poder colectivo en las manos de las mujeres. En resumidas cuentas, la gente de Refugio tiene muchas historias por contar. Las labores a las cuales se dedican actualmente y los diferentes lugares por los que tuvieron que pasar para llegar a Refugio, hablan de las situaciones de conflicto, oportunidad laboral y desplazamiento que han vivido. También habla de las prácticas que en el territorio debieron ejecutar para subsistir como es el caso de la cacería y

la pesca. Se trata de un territorio en el cual pudieron echar raíz; habitar tranquilamente en el remanso de sus hogares de tabla y techo de zinc.

CAPÍTULO II

DE PESCA Y CASA

Sin dar muchos comentarios dentro de la maloca, siempre callado, pero atento, así es uno de los cazadores de Puerto Refugio. No se espera hasta que se acabe la jornada de mambeo o hasta que las farolas se apaguen, se levanta y se despide faltando un cuarto para las 10 de la noche, no sin antes encomendar a sus ancestros su cacería y su camino. Va bien despierto porque el hombre que “mambea coca no duerme, está atento, cuida su cuerpo, cuida su hogar. Porque mambea coca guarda dieta, no habla” (Echeverry & Pereira, 2010). Considera esa hora apropiada para salir en búsqueda de su presa, un buen pedazo de cola de cachirre en caldo o una porción de borugo frito con arroz. Carga en sus bolsillos medio rotos su ambilcito, una mechera, un par de cigarrillos y un par de tiros. En una improvisada mochila de lona o costal, anzuelos, nailon, y si aún le queda mambe, también lo lleva. Al hombro, de camino a la balsa que sujeta su pequeño bote, carga un remo, dos arpones de distintos tamaños y, en su mano izquierda la escopeta.

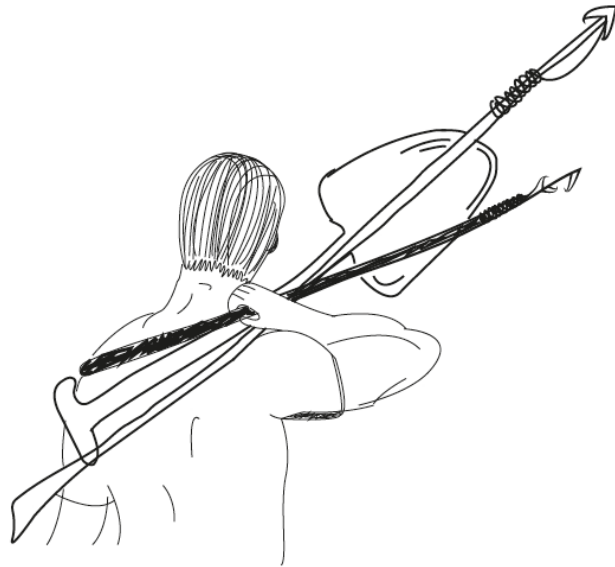


Figura 10: Hombre yendo de pesca cargando a su hombro arpones y remo. Elaboración propia, 2019

Se embarca con confianza, no lleva un motor, pues su verdadero destino no está lejos y tampoco quiere hacerse sentir al llegar. Sabe a cuál bocana del río desplazarse y rema con mayor fuerza, pues el caño se pone chorroso en la noche. Sabe que no puede andar teniendo malos pensamientos, andar deseando mujeres, irse de charlatán o cantante en pleno monte. Ni andar gritando porque sí, incluso silbando, porque el que busca encuentra. Quién sabe y le respondan igual. Por eso es mejor ir calladito así ni los gurrees, guaras o tigres lo escuchan.

Usa de esas linternas que necesitan pilas grandotas “D” no recargables pero duraderas, con dos es suficiente. La lleva sujeta a la cabeza con un neumático que logró amarrarle con fuerza, para así mismo colgarla con facilidad. Después de ingresar por la bocana del río, varios metros adelante se demarcan las picas por uno de los caminos que ya estaban hechos,

se refiere al (corte de la maleza y marcas de machete en la vegetación) que dan cuenta del tránsito por la zona. Es un verano, donde los chuquios no son muy hondos y los pantanos dan un poco de camino hacia el pepiadero, justo donde caen los frutos de canangucho y es posible encontrar las dantas.

Una vista panorámica, y una linterna bien cargada no son suficientes para poder hallar al animal. El olfato es otro de los sentidos importantes, pues el almizcle, la chucha o hedor del animal se hace sentir por los caminos que han transitado, de este modo el cazador se desvía de la pica e inicia la trayectoria que lleva el animal, incluso si están en manada, como suele ocurrir con los marranos de monte (negros de pelo grueso y no muy grandotes). Acostumbran a dejar el lodo bien revolcado, el barrial por el cual pasaron, y en el que seguramente irán a echarse tiempo después. Los sonidos de las manadas son estruendosos, y es mejor estar mirando pa' lo alto, porque cuando uno resulta atravesado en su camino, no respetan nada, y toca agarrarse del bejuco más posible de alcanzar, de lo contrario mire a ver cómo se defiende.

Pero este no es el caso de ahora, no hay manadas, pero lo que sí encontró al querer seguir la hojarasca revolcada y los chamizos partidos fue la mierda seca y las huellas frescas de lo que parece ser un venado, marcadas al inicio de un pequeño chuquio. Aparentemente lo cruzó, su extensión no es tan grande como para no rodearlo, pero el tiempo apremia. Así que llegar lavado a casa y con la ropa llena de sangre es una de las cosas por las cuales pasan estas personas triunfantes.

Esta vez no se llevó a Conga, pues la última vez en lugar de hacer que el venado se enchipara, lo que logró con sus ladridos y correteo fue alertarlo hasta que se lanzara al borde del caño y cruzara la otra orilla. La ayuda de estos animales va en contra vía, si bien, también son silenciosos, y son mano derecha, atacan a las presas más pequeñas, como la boruga y guará. Hasta a la pava y la guacamaya que caen al suelo se le tiran a morder, dañan el plumaje de las aves y generan heridas adicionales a las que ya le proporcionó el disparo. Lo que sí está claro es que le va a dejar un buen pedazo a la hambrienta perra, puede ser parte del cuero que la gente no come, una pata a medio pelar; un hueso para roer. Cuando lo lleva, el premio son las tripas, y el hígado especialmente.

Se metió al chuquio y el agua le subía poco a poco por la bota hasta que se rebosó y se le metió a los pies, mojó su pantalón en las rodillas y pisando un palo medio podrido debajo del agua logró evitar que se le mojara la camisa, pues un paso en falso le lavó hasta los bolsillos, mojándole de paso los cartuchos que allí tenía. Sus botas tienen desagüe, no es apremiante detenerse a quitárselas y mucho menos limpiar o sacar las hojas que se lograron meter. Camina y camina, en total silencio. Vuelve a encontrar la pica que había desviado y al no hallar nada y estando tan cerca del caño, decide devolverse a su canoa. Pasada la media noche sigue siendo una buena hora para picar algún cachirre o unos buenos bagres, incluso el delicioso tucunare a las orillitas de las cochas.

Por su cercanía a la bocana decide remar varios metros adentro, con el fin de buscar aguas más quietas, ojalá cerca de la cocha, pero no muy allá para no llegar a molestar a los grandes caimanes negros que arrastran sus barrigas desde las orillas, y que a la luz de las linternas dejan ver el gran tamaño de sus ojos y al intentar medir la distancia entre los

mismos; predecir el tamaño de su cuerpo. Los pescados andan durmiendo, dicen en Refugio, y es porque al ser alumbrados con la linterna, se ven quietos, inmóviles bajo el agua, a una profundidad ponderable.

El arpón²⁶ del viejo está bien afilado, ya lleva sus años con él, pero los buenos remiendos siempre han permitido atajar al pescado que se mueve bruscamente para poder zafarse. Pero eso sí, ha dejado ir a un par de presas con el pedazo de metal incrustado y él con el palo en la mano. Después de remar suavemente comienza a alumbrar los peces y a intentar picarlos con el arpón más delgado, una arawana, dos tucunares y un par de pintadillos, muy similares a los bagres y no muy grandes logra atravesar con la punta de su afilada y oxidada herramienta. Los saca de la punta y los pone a un lado dentro del bote, ojalá y los remiendos del botecito no hayan dejado pasar mucha agua, pues eso les aseguraría más vida a los peces y de paso más movimientos y saltos que peligrosamente pueden finalizar con el pez de vuelta al caño y además herido, lo cual significaría una mayor pérdida.

La pesca es poca para haber salido a tan buena hora, así que decide meterse en esos cañitos que ya están a medio secarse por el verano, pero que aún mantienen agua empozada, predilecto lugar para los cachirres. Y como son pequeños, su piel no es tan difícil de atravesar, así que aquel hombre tiene cuidado de pisar la maleza o esos montoncitos de hierva sobre el agua que simulan un espacio firme para apoyarse y resultan siendo un espacio de barro que posiblemente le dejará la bota atascada. Pero no es torpe, sabe identificar esos espacios perfectamente, los esquiva uno tras otro sin quedarse metido en la tierra blanda. A medida

²⁶ Herramienta de pesca con punta de metal en forma de V con la que se atraviesa la piel de la presa y que difícilmente se suelta.

que se aproxima, ve cómo poco a poco se van sumergiendo los ojitos de los lagartos que se dejaron ver sobre el agua gracias a la luz de la linterna, pero justamente la profundidad no les favorece y sus colas sobresalen.

Se ven amenazados con la cercanía de un ser extraño, lo cual los hace mover hacia lo seco, haciendo sus movimientos más lentos. No son muchos, pero sí al menos 3 reptiles. Uno de ellos muy pequeño, y el objetivo para los cazadores de Refugio siempre es el más grande, pues nunca sobra la comida, se elige el mejor corte y lo demás se reparte y se comparte con la comunidad. Así que los pasos empiezan a ser un par de saltos serpenteantes salpicando agua y haciendo que las colas de los cachirres den remolinos entre el pedazo de charco en el que quedan atrapados, pero del cual logran escapar dos hasta que el tercero ha sido arponeado. Se estremece y agoniza, hasta que un fuerte machetazo retumba en la cabeza del animal.

Lo logró, pudo coger al cachirre, no el que quería, pero por lo menos no fue el más chiquito. Cortó la parte en la que estaba clavada el arma, para poder soltar el chuzo de metal. Ya está claro que el desayuno será un buen caldo de pescado o un tucunare bien asadito en la pasera de la cocina que aquel hombre decida, pues hijos no tiene, o por lo menos no en Puerto Refugio, y para las mujeres solteras, y hasta las abuelas siempre será bien recibido un pedazo de cacería a cambio de la labor finalizada; la preparación de los animales que llegan a sus cocinas, sin olvidar el platado de arroz, las tajadas de plátano, si es temporada, pero fijo la porción de yuca cocinada. Suavecita, nada paluda, blandita y saladita, así es la yuca de Refugio.

Volver al bote es un corto camino, pero decide tomar el más largo, metiéndose un poco más por el monte, quién quita y se le atraviese una boruga. Se alcanzó a desviar, no lateral al río sino hacia adentro, caminó bastante, pero no vio nada, no había mucho animal por ese lado, había mucho chuquio que le impedía andar por los buenos caminos que le dejan cacería en el verano. Esperaba volver a la casa con un tancho terciado a la espalda. El tancho; un tejido hecho entrecruzando hojas de palma que dependiendo la cantidad de hojas usadas y la fibra del balso que se utilice para terminar de amarrarla al cuerpo soporta pesos de hasta 30 kilos. Hacer un tancho es cuestión de minutos, pues en pleno monte no es nada complicado conseguir estos dos elementos que con ayuda del machete se hace el corte del tamaño necesario. Son usados para cargar costales llenos de canangucho, uva caimarona, o un churuco, costilla de danta y hasta un venado chiquito. Llegar cargado con uno de estos a casa, representa la sorpresa de encontrarse con una buena presa, y el tancho en sí, la rápida solución para cargar, que termina pudriéndose en el patio de la casa.



Figura 11: Hombre cargando un tancho a sus espaldas. Elaboración propia, 2018

Los cazadores también suelen ayudarse de aquellas fibras que sirven para agarrar los palos cortados en el monte, la chonta y tablas de cahuiche. Incluso las grandes vigas de la maloca están sujetadas con bejucos que ellos usan con facilidad entre el monte. Algunos están atados a grandes árboles y otros cuelgan de las alturas. Pero es especialmente el yaré la fibra que además de ser una herramienta de carga como si fuera un lazo, aún más resistente, funciona para la fabricación de canastos y cernidores, (también llamados manares en el llano). Sin embargo, la vitalidad del yaré en este apartado se da gracias a su poder de espantar, abrir espacio y dirigir al camino cuando se está perdido.

En Refugio, los hombres dentro de la maloca, suelen tener un rollito de yaré colgando de una horqueta junto al mambeadero. Hablan de sus cacharos con jocosidad, historias que los jóvenes van aprendiendo con facilidad, se sorprenden, pero no le cogen miedo al monte, con mayor razón creen estar preparados para aquellas aventuras. Algunos mambean y escuchan atentamente, otros pegados a sus celulares o murmurando entre risas se sientan en las orillas mientras los viejos proceden,

Cuando un ser del monte lo tiene a uno, uno empieza a dar vueltas en el mismo lugar por eso cuando se está así, empieza a hacer trocha, haciendo una pica. Cuando usted se da cuenta y vuelve a caer al mismo lado es porque esos manes lo tienen a uno dice Rosendo (comunicación personal, 2017) [...] y ahí es donde usted coge el yaré, y si quiere se lo cruza en el pecho, pero si no, hace lo contrario, coge un par de palitos, hace una cruz y con el yaré hace una chipa (amarrado con bejuco) arranca y sale derecho al camino, no hay bicho que lo tranque. A mi me ha funcionado. Según René (comunicación personal, 2018) eso pasa porque no solo se está en relación con los

animales del monte y del río cuando se sale a lamparear (ir de cacería), sino que se está mediando con sus dueños, con los espíritus que cuidan de ellos y del bosque

Este es uno de los claros ejemplos de las formas en que las personas de Refugio usan aquellas plantas para “mediar” con los dueños del monte y el río, la presencia del hombre, su permiso para cazar y así mismo poder llevárselo a casa. No obstante, son el tabaco y la coca, las plantas que han mantenido al cazador de Refugio orientado, concentrado en su labor. Es por ello que halla el camino con facilidad para estar de vuelta a su bote. Se aproxima soltando la cuerda del pedazo de tronco que le servía de ancla, sube con confianza, no se resbala, pues sabe dónde pisar. Sube su cachirre al bote, lo tira boca arriba para abrirle la barriga y llevarlo destripado a casa, dejándole un banquete a las pirañas y demás peces que estén justo debajo suyo. Emprende la salida del caño, no necesita remar con tanta fuerza, esas aguas son quietas y más a esa hora que no se mueve nadie por el caño.

Lleva como siempre, sujeta a la frente su linterna, mantiene la vista de manera panorámica, pues algunas serpientes suelen posarse en las ramas de los árboles caídos que restringen el paso en la mitad del caño. A estos grandes palos y ramas se les suele cortar, se deja un angosto camino donde plantas con espinas y bejucos con arañas quedan colgando, que sin previo aviso pueden tumbar del bote a quien va distraído. Por eso rema con vista al frente y el cuerpo encorvado, va sentado en la parte de atrás y sus herramientas atravesadas en el pequeño medio de transporte. No tuvo la necesidad de usar la escopeta, y mejor, porque lleva tiros mojados. “Capaz y le sale a uno una danta y va y le mete el tiro mojado o se le desbarata la vieja escopeta” dice Daniel (comunicación personal, 2015) sucesos que dentro de la maloca se convierten en cacharros que entre risas y chanzas se cuentan los hombres.

La bajada del caño al río va con fuerza, es por eso que intenta maniobrar el bote de medio lado para que el chorro de agua no se lo lleve de cabeza. Como siempre los troncos que bajaron por el río y quedaron atravesados en el caño sirven para sujetarse e intentar cuadrar la punta del bote hacia el costado que lo necesite. Baja poco a poco hasta que la corriente se lo lleva con fuerza, le tambalea la canoa, se le mete agua, pero no lo hunde. Ahora, la tarea que requiere mayor fuerza es retomar el río hacia arriba, y ahí sí que necesita hacerle con fuerza porque la corriente del río Putumayo no se ve, pero se siente, y es muy fuerte. Tiene que atravesar, pero no lo hace inmediatamente. Usa a su favor el remolino que se forma en el cruce de corrientes y logra avanzar a contracorriente del río por el mismo costado que salió. Justo a las orillas el agua es más quieta, por eso sube hasta que pasa la última curva del río que le deja ver su comunidad. Lo que importa es que cuando se lance a atravesar el río, lo haga remando constantemente sin ponerle toda la fuerza de una sola vez, pues cuando menos se dé cuenta, se cansa en la mitad del camino y se lo lleva la corriente.

Los cazadores de Refugio son de contextura delgada, sus brazos son grandes y musculosos, viejos y jóvenes dedicados a la carga de grandes tablas y palos para las construcciones o la misma remada por los caños son un ejercicio cotidiano para ellos. Se alimentan con deliciosos peces y carnes sabrosas de monte. Por eso no le cuesta mucho atravesar el río y llegar a la balsa principal. Descarga en tierra sus herramientas, saca el agua que se pudo filtrar y baja el fruto de su jornada. Se dirige a casa dejando sus botas escurriendo en la entrada, va por el pacillo que conduce a la cocina y deja colgando de la pasera al cachirre, bien alto, por si los hambrientos perros se les da por subir a la cocina. Pone los

pescados en un platón sobre el lavadero, se quita los pantalones mojados, cuelga la camiseta en la cuerda que está de entrada al baño, se juaga las manos y se echa a dormir.

CAPÍTULO III

LA COCINA

La mayoría de veces quedan en las tablas del piso de la cocina, unas cuantas gotas de sangre que escurrieron del animal que se dejó colgado la noche anterior, en ocasiones, en el mismo gancho donde van los racimos de plátano. Gancho del cual también se sujeta la cabuya torcida que va paralela a la pared de la cocina hasta una de las esquinas de la estufa, sobre la que se deja la cebolla larga, las tapas de las ollas y hasta los trozos de carne ya ahumada. En el lavadero, el platón medio tapado con un par de moscas rodeando el plato que está encima de los pescados traídos en la madrugada. No es muy temprano, apenas faltan pocos minutos para las 7 de la mañana, la neblina empieza a disiparse entre los árboles y del otro lado del río, se escuchan los madrugadores micos aulladores, rojos, de gran tamaño, pero no tan apetecidos como los churucos.

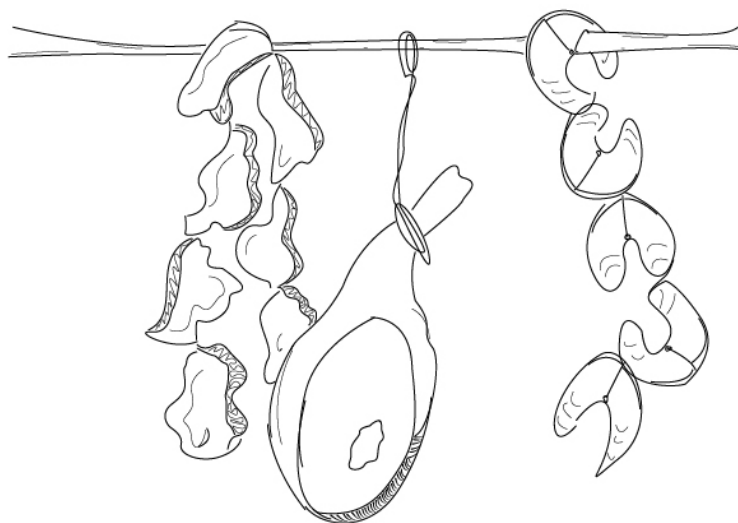


Figura 12: Carne seca y pescado seco. Elaboración propia, 2019

No es la primera en levantarse, pero sí la primera que entra a la cocina. Aún sin saber qué preparar, empieza a atizar el fogón juntando los palos que quedaron de la tarde anterior, le echa un poco de bolsas o basura que tenga por ahí, las junta y las prende con su mechera. De no tener mugre, prefiere usar unas gotas de ACPM o el combustible que tenga para el motor de su bote regándola sobre la madera ya quemada, que por fortuna encenderá con mayor facilidad. Poco a poco acerca su rostro y empieza a soplar con suavidad para que no se apague el fuego y que se empiece a propagar por los demás palos secos. Tal vez lo primero que prepare sea un café o agua de panela. No le afana el desayuno porque en el internado de la comunidad a los niños y niñas les aseguran el desayuno y el almuerzo en el comedor comunitario. Arregla el pescado, lo sala, lava el platón, lo alza y pone los peces dentro de una olla. Prepara su bebida de la mañana la comparte con su acompañante, y se va al chorro de agua que sale del dique a pocos metros de la casa, para lavar su ropa y la de su hija

pequeña. Aparentemente hará un día soleado, por eso al volver extiende su ropa sobre el cable que hace las veces de tendedero en el patio trasero de su casa.

En Refugio se come dos veces en el día; dos porciones realmente grandes, acompañadas de yuca la mayoría de veces, si es caldo de pescado por fortuna tendrá papa o si no, un par de cucharadas de fariña lo arreglarán todo. El arroz no puede faltar, siempre sueltico, el predilecto por las refugianas, lo compran a los botes de carga que bajan desde Puerto Asís hasta Manaos y de vuelta pasan cargados de remesa brasilera. Otro de los platos de la comunidad incluye plátano (según la cosecha), tajadas o patacones, lentejas, frijoles y muy de vez en cuando garbanzos. A los guisos nunca les falta la salsina; uno de los condimentos que más se encuentran en las cocinas de la comunidad, que proporciona a las carnes color y un sabor particular.

Se inclina por aprovechar el par de tucunares que le trajeron; les juaga el exceso de sal y los pone sobre las latas que después de ser perforadas y dobladas, funcionan como una buena estufa a leña. No les quita la escama, el objetivo es un pescado asado, sin ellas quedaría pegado al óxido y, hasta crudo puede quedar por dentro al tostarse su piel. No requiere mucho tiempo, pero sí, estar pendiente de darle la vuelta y darse cuenta de que, cuando el ojito del pez esté echando agüita, desatizar porque ya se está cocinando.



Figura 13: Tucunare asado en estufa de leña. Elaboración propia, 2018

Empieza a oler muy bien la cocina y el humero no es abundante. Hace el arroz, desayuna, y lo que sobra lo guarda junto con la yuca cocida en una olla dentro del cajón de madera que tiene en la cocina, yuca dulce cosechada en su propia chagra, situada a pocos metros del internado de la comunidad. Al tiempo que fue esperando que el desayuno estuviera, fue arreglando el cachirre para el almuerzo, lo quiere cocinado y por eso prefiere meterlo en su destartalada olla exprés. Le pone yuca, sal, salsina, un par de ajos y unos pimentones picados, de esos que se dan en el patio o el matorral de entrada a la casa; son pequeñitos pero sustanciosos en las comidas. A diferencia de los animales de monte, los peces y cachirres no poseen el fuerte hedor que secreta la hiel o la chucha de los mamíferos y roedores, por ello preparar un cachirre no es muy complejo, la mayoría de veces se deja la cola para comerla frita en casa, sacando pequeñas porciones según las ranuras de la cola y las otras presas las deja para compartirlas con sus familiares, pues el sudado de cachirre es otra de las especialidades de la casa. Mientras tanto las patas y las costillas hierven en la pitadora sobre la estufa. Éstas han sido parte de las preparaciones cotidianas en Refugio, que se hacen en un mismo día, pero las que son de un día para otro, o de varios días son aquellas

que requieren de herramientas como cernidor, macerador, matafrío o rayador; elementos dispuestos en las malocas, en su mayoría de veces con el fin de ser preparados de manera conjunta por las mujeres para el consumo comunitario.

Son caguana, fariña, casabe, ají omai y hasta el iyiico; platos que requieren de manos responsables para continuar su proceso durante varias horas y hasta días. Comida con la que fue criada la mayoría de los pobladores de la comunidad, especialmente los Guzmán. Ésta además de ser una tarea propia de las mujeres requiere del juicio de los abuelos y abuelas, justo allí donde la tradición, las historias y anécdotas se mezclan. Espacio que abre la puerta a los aprendizajes, los cuidados que ellas deben tener y las relaciones que tejen con los espacios que las rodean; el río, la chagra, el monte, la maloca y, desde luego, la cocina.

Allí entra en juego la importancia que tiene dejar hervir, fermentar y escurrir los alimentos para después macerar, cernir, tostar y revolver. Se trata de todo un procedimiento extenso, que toma tiempo y que mantiene a las mujeres entre la maloca y sus casas, meciendo a sus hijos sobre las hamacas o sentadas sobre las tablas hablando entre sí. Permanecen solas allí, van comiendo de a poquitos, o comparten entre ellas lo que les quedó del desayuno. Se toman el tiempo suficiente para realizarlo, pues no es un procedimiento azaroso.

A la hora de preparar la caguana; justo después de ser rayada la yuca dulce, cernirla y escurrir el almidón, es indispensable cubrir la herramienta por completo con el trapo que tan solo dejará pasar el líquido blanco. Dejar escapar un pedazo de yuca por los huecos del cernidor puede hacer que se formen cúmulos de almidón que, si no se revuelve con fuerza de manera circular y constante, después de aplicarse el agua hirviendo, podría hacer que la

caguana quede grumosa; con pequeñas bolitas de almidón o yuca dentro de la bebida. Aquella es una señal que no solo habla de falencias en su proceso de preparación, si no que según los abuelos y abuelas (Elvira en comunicación propia, 2017), habla también de la presencia de grumos en los ovarios, embarazo o el simple hecho de haber cometido groserías la noche anterior (acto sexual consensuado). Esto también sucede cuando la bebida queda poco espesa y aguada. Es como si se tratase de un castigo o la penalidad por irrumpir una dieta que en Refugio no es trascendente. Juzgar a quien preparó la comida de haber cometido groserías en la comunidad es un espacio de jocosidad, doble sentido y risas, que en ocasiones sonroja a la acusada.

Un pedazo de carne de cerrillo, boruga, churuco o cerdo de monte cocinado que mantenga un sabor pronunciado habla de las malas prácticas de limpieza del animal después de ser cazado, labor que nuevamente, y en la mayoría de casos, recae sobre las mujeres. Al igual que el tiempo de fermento que requiere la yuca brava para la fabricación de la fariña, su putrefacción o lenta fermentación expone la calidad de la chagra de la mujer que la prepara. Por otra parte, el consumo de carne de danta en hombres puede obstruir su sueño, y en general se considera una carne que “irrita” por ejemplo para Elvira, si usted tiene un granito y come carne de danta, se le puede hacer nacido (absceso en la piel) o se puede enfermar. Un hombre que esté haciendo dieta no puede comer danta pues en ocasiones también se cree que tiene efectos afrodisiacos.

En Refugio hablar de sexualidad no es un tabú, de hecho, buena parte de las risas que de las casas salen, son por el doble sentido que vincula en la mayoría de casos el acto de haber tenido relaciones sexuales como una de las consecuencias de errores cometidos dentro

de los quehaceres de los comuneros. Es así como cocinar y la vida en pareja en la comunidad desenvuelve aún más la confianza y la creación de chistes o comentarios que por los demás son interpretados de mil formas. Los frutos amazónicos y el consumo de pescado a diario también representan el punto de partida a comentarios y chistes, gracias a su carácter afrodisíaco.

Además, hasta llorar cortando la cebolla puede significar para los comuneros, entre chiste y chanza, una mujer celosa y problemática. Pero no todas las anécdotas de las mujeres se restringen al espacio de la casa y la cocina, varias de estas hablan de otros lugares fuera de ella, como la maloca, por ejemplo, Elia.

Mi mamá y mi abuela me decían, no se vaya a sentar encima de ese maguaré porque la cuca (vulva) se le inflama del tamaño del maguaré y vea que nosotros no nos sentábamos, nos daba miedo; ni mis hermanitos ni hermanitas lo hacían, todos respetábamos. Nadie tocaba ese maguaré, solo los abuelos. Entonces yo le preguntaba a mi abuela que porqué ellos sí, y pues porque ellos son los sabedores, porque eso es icarado (sinónimo de conjurar o rezar algún objeto). (Elia, 2017)

Los comportamientos de la mujer dentro de la casa y la maloca han sido guiados por las historias y anécdotas transmitidas por sus madres y abuelas durante la infancia. Algunas han preferido temer al río o al monte pues en su mayoría han sido estrategias de las madres para qué en su ausencia, sus hijos se mantengan resguardados.

Mi mamá llegaba en la tardecita de la chagra, pero nos traía piña, caña, de todo, eran canastadas. [...] Arrumes de piña porque ella por las tardes nos hacía la caguana para dejarnos para el otro día. Y así mi mamá nos crio a nosotros. Ella y mi abuela siempre nos cogían en las tardes a hablarnos, y me decían: hija no hay que andar mucho en el río, él tiene dueño. Ahí tiene boa, sirena, pescado, mohanes. Después que la abuela nos contaba historias nosotros ya no andábamos por el río, nos quedábamos todo el día en la casa. (Elia, 2017)

Actualmente, en la comunidad, los niños siempre están al cuidado de sus madres. Dependiendo de la cantidad de hijos, quienes quedan en casa son los de edad no escolar, ya sea porque han finalizado sus estudios en la escuela o porque aún no han ingresado por su temprana edad, mientras ellos se cuidan entre sí, la madre se desplaza a la chagra. La acompañan cuando se requiere ir de pesca o a traer palma o frutos; tareas que no requieran de mucho desplazamiento terrestre, pues en el bote fácilmente se tiende un costal para que el pequeño se acueste, mientras se recoge la malla de pesca o se pica pescado. Para las madres solteras, los hijos mayores son su mano derecha a la hora de salir al monte. Uno de estos casos familiares, es el de Olivia “de los hijos míos, que desde pequeñitos han visto más animales, ha sido ella (Camila de 8 años). Porque con ella hemos andado de noche con Chucky (Daniel, único hombre, el segundo de sus hijos). Hemos andado picando pescado, y hemos ido de cacería” (comunicación propia, 2018).

LAS MUJERES EN EL MONTE

Justo después de haber colgado su ropa en el patio, esta mujer de cabello negro, de años vivos y mejillas llenas de picaduras de mosquitos, prefiere arreglar un poco su casa. Deja la loza lavada, recoge los mosquiteros de las camas, busca su costal, el machete, y se va para la chagra. Su objetivo es revisar su cultivo de piña, traer un poco de yuca, caña, patilla, si es que hay y, unos cuantos limones. Se entretiene desyerbando por aquí y por allá. La cercanía a las casas y a las demás chagras le permite escuchar si viene alguien por ahí, si alguien guadaña y si se ponen a tumbar palos por ahí cerca. No es mucho lo que se tarda, pero cuando va de camino a casa ya no están los niños y niñas en las aulas, así que espera encontrar a su hija en la casa ya almorzada y con una lista de tareas.

Tiene pendiente salir río arriba por el caño más cercano. Le dice a su hijo mayor que la acompañe, un joven muchacho de apenas 22 años quien ya está establecido en la casa contigua a la suya con una joven mujer y prematura madre. Decide embarcarse con sus dos hijos para que a eso de las 4 o 5 de la tarde ya estén volviendo a casa con su pesca. El objetivo; un buen pintadillo (pez de abundante carne y pocas espinas, familiar del bagre). Al ritmo de su motor peque peque avanzan por el caño de Las Cruces. Su hijo conduce el motor, la niña va sentada sobre la proa del bote, ella en la parte media junto con sus dos mascotas Negra y Mocha; no son muy buenas para cuidar la casa, pues se la pasan para arriba y para abajo. Pero cuando salen solas con los hombres son buenas cazadoras, flacuchentas y llenas de garrapatas.

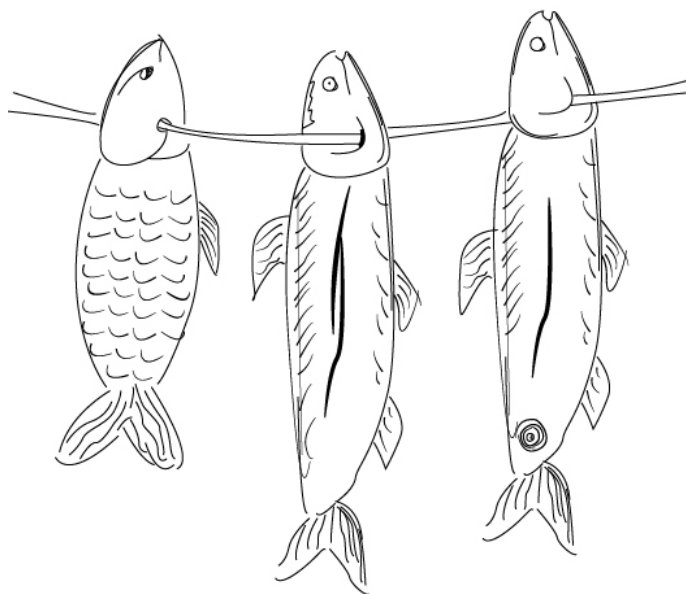


Figura 14: Pescados secos. Elaboración propia, 2019

La niña no tenía la necesidad de esquivar ramas y palos, es un espacio muy común por el cual puede andar sin problema, no hay empalizadas, debido a la creciente. Poco la pican los zancudos, y si lo hacen, no le dejan llagas o pinchazos rojos, tan solo un punto que poco a poco se torna café sin dejarle inflamación alguna. Las curvas del caño son en algunos tramos cerradas y estrechas, pero cuando el río se crece es más fácil navegar por ahí. Al levantar la vista no es extraño percatarse de los micos que brincan entre las ramas, las aves bajan a posarse junto a las quietas aguas de color oscuro. Si, son ríos de aguas negras, gracias a su cercanía con pantanos, aguas empozadas que debajo aceleran la degradación de los palos caídos, la vegetación se llena de musgos y flores podridas.

El joven, ya iniciado en el mundo de la cacería por los caminos cercanos a la comunidad recorridos por los viejos, ha aprendido a fijar su vista a largas distancias, ha vuelto sus

sentidos más perceptibles a las huellas, olores y presencia de algún animal en medio de la vegetación. Por eso no le fue difícil, ser el primero en el bote que percibió a la danta que se sacudía a la orilla del caño. Sin pegar grito, pero absolutamente sorprendido, le dice a su madre: ¡Mami mire una danta! De inmediato le lanza la mano al motor, pero de la afanada sevicia que les produjo ver al animal, no sabían cómo apagar el verraco peque, la premura por hacerse imperceptible y la emoción de ver a tremendo animal se juntaron en torpes movimientos que terminaron atravesando el bote en el caño y dejando el motor apagado y a la niña confundida.

Cuando se fijan, se estaba sacudiendo, pues acababa de cruzar el caño. Después de apagado el motor se acercan al costado por el que se metió el animal, todo para que no lo viera y para que las perras tampoco ladraran. Se agarran de las ramas más cercanas para meter más el bote, y con el remo le daban dirección a la canoa. Pidió la escopeta a su madre mientras se pasaba de la popa a la proa, le dice a la niña que retenga a las perras mientras se baja, pero la demora fue que él pisara la tierra, para que una de las perras mordiera a la niña y saltaran del bote. Alcanzaron a sentir el olor de la danta y empezaron a corretearla lejos de dónde estaban arrimados. Aquella mujer le grita al joven muchacho que aguarde no muy lejos de la dirección que tomaron las perras, pues pueden traer al animal de vuelta.

Pero cuando se dieron cuenta, ya venían hacia ellos; el grande animal y las dos perras enfurecidas ladrando, de repente ¡Paaaj! El cañonazo retumbó, pero no la mató de inmediato, siguió corriendo. El disparo disminuyó la velocidad de su trote, y al ver que podía fácilmente atraparla, aquel joven cazador le grita a su madre: ¡Mamá tráigame el hacha! También iban por un par de palos de chonta para arreglar la enramada y la cerca de la casa, por eso haber

llevado el hacha, además del machete se convirtió en una excelente idea. Así que, atendiendo rápidamente al grito del hijo, va hasta el bote, toma la herramienta, y de paso le dice a su pequeña que guarde la calma y que no se vaya a bajar del bote. Le alcanza la herramienta a su hijo para que salga corriendo detrás de la danta.

Cuando vuelve a su posición inicial, se percata del giro que dio el animal y que la nueva dirección que tomó fue justamente hacia ella. Iba con la jeta sangrando, las patas embarradas y las perras mordiéndole el rabo. En lo primero que pensó fue que se viniera sobre ella, que quisiera lanzarse al agua para cruzar y salvar su vida, que se fuera con todo y bote, y de paso hundiera a la niña. Así que le grito fuertemente que se bajara y se subiera a un palo. La pequeña atendió al llamado y se subió por un bejuquero que había junto a ellas en cuestión de segundos. Atrás venía su otro hijo, y a pocos metros de ella, justo en el hueco que dejan las raíces de los grandes árboles caídos, se derrumbó. El muchacho se hace sobre un palo y manda su primer y último hachazo sobre la cabeza.

La preocupación más grande es que al momento de darle el último golpe, se levante semejante animal y salga a correr, por su gran tamaño y el grosor de su cuero. En busca de la pequeña, se fue su madre a la orilla, y allá estaba, a casi cuatro metros arriba de los bejucos que entrecruzados le sirvieron para subir “Vi el raizal como una escalera y por ahí me subí, me pareció fácil” dice Camila (comunicación propia, 2018). Pero al pedirle que se bajara, no tenía idea de cómo hacerlo, la velocidad con que lo hizo en un momento tan difícil, la dejaron asustada, y sus piernitas no le daban para bajarse con facilidad. Convenciéndola de la muerte total del animal, lograron que se bajara poco a poco. Luego, (según Olivia) lo más complejo

Pa' meterla al bote mi hijo buscó un bejuco grueso, le rompí en la nariz y de ahí la amarré, porque la cabeza es lo más difícil de mover, porque ellas la tuercen mucho. Halando la cabeza y él de los brazos, la arrastramos y la sacamos al bote. Como estaba bien crecido el río pudimos meter bien de para adentro el bote. Le metimos la cabeza primero, la volteamos y ¡Blumm! al bote. (Olivia, 2018)

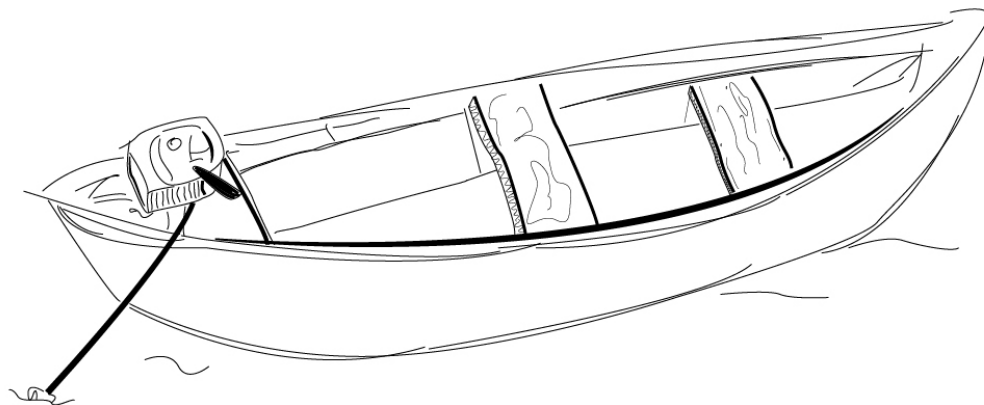


Figura 15: Bote de madera impulsado por motor "peque peque" Elaboración propia, 2019

La pequeña no podía del susto, por lo tanto, se fue junto a su hermano quien conducía el motor de vuelta a casa, el pesado animal en la mitad, a lado de las perras, y mamá adelante con el remo. Los planes habían cambiado definitivamente por el encuentro del animal. Ahora había más trabajo. Arreglarla en la balsa principal, botar las tripas y la hiel al río, mandarle un buen pedazo de pierna o costilla a la abuela, y empezar a ahumar y salar el resto de carne.

Dar por casualidad con un animal como la danta en Refugio habla de un evento de caza que no se puede desaprovechar, agotar los recursos para tal fin es primordial. Es por ello que

al ser un evento sorpresivo en el cual se encuentran las mujeres involucradas hace de este suceso una graciosa historia, que habla de una niña encaramada entre los bejucos, y el miedo de salir corriendo antes de ser alcanzada por semejante animal. Es por ello que este evento también se pronuncia como un cacharro, el cual a puesto en tensión a las mujeres de la comunidad en su momento, pero que después dialogan con tranquilidad y gracia sentadas en las bancas que están frente a sus casas de cara al río.

SERES DE MONTE Y RIO

La danta es para las personas que conviven en Refugio uno de los animales más apetecidos, de los más grandes y carnudos del monte. Su consumo no es muy frecuente, pero quien corre suerte se la puede encontrar en el camino y eso sí es una oportunidad que aprovechar. Como la anterior anécdota, hay muchas similares, contadas por mujeres como Inaid, Noris y Olivia; su participación es colaborativa, no son quienes en un primer momento se atreven a disparar. Su labor principal es posterior a la muerte del animal; arreglar, pelar, destripar, cocinar, salar, ahumar la carne para que no se dañe y compartirla si es demasiada.

La danta también es un animal de mucho respeto, su encuentro no siempre se relaciona con el abastecimiento y la posibilidad de alimentarse de ella. La danta es un animal de mucho cuidado porque al igual que el bufeo (como le llaman en la comunidad al delfín rosado), “el oso caballuno, el venado colorado y la danta se convierten en ser humano”. El abuelo Felisandro, en medio de sus anécdotas contadas dentro de la maloca, sentado en el

mambeadero, relata uno de los casos que se presentaron ante él mientras fue “curandero” radicado en Araracuara;

El viejo se llamaba Arturo y la mujer se llamaba Graciela miraban un salado y se peleaban por él, eran esposos. [...] Los cuchos se fueron, él dejó a la cucha en un rancho y se fue a mirar el salado a ver si están entrando los animales o no. Cuando el viejito se fue, apareció (animal) en forma de él y le retacó a la cucha para que le hiciera el amor y ella le dijo que no, ella decía que en el monte esas cosas no se hacían, el viejito la retacaba y la retacaba (insistía) hasta que a lo último la cucha aceptó. Hicieron el amor y terminaron. Cuando el man se levantó de encima de la cucha ella sintió por dentro como candela y ya no se podía parar. El señor se levantó y se fue hasta cierto parte en humano y de ahí más para allá se convirtió en danta. [...] Entonces cuando llegó el cucho, la cucha se quejaba y le comenzó hemorragia. Entonces ella le decía, usted vino y me hizo así. El dijo que había sido el suruma (nombre de danta en lengua). (Felisandro, 2018))

Reconocer el camino de la danta no es muy difícil, y más cuando se presenta ante las mujeres, pues según René, El camino de las dantas es barrialoso y se ven los pies de la danta, son como de pa’ atrás. Para esto no hay curación, lo pueden llevar al hospital, pero los viejos son los que saben cómo curar eso. No obstante, historias sobre la danta, hay muchas, y en Refugio todas son contadas por los cazadores y abuelos, y aunque no es una conversación habitual, sí es de mucho cuidado “porque si uno narra eso, despierta la energía de esos espíritus y después no hay cómo calmarlos” dice Ismael (comunicación propia, 2107).

Y es que esos espíritus son los que “se enojan con usted”, pues en su mayoría, los relatos no solo van acompañados de un contexto pasado de arriería, tumba y tala de bosque, labores que destacan Dense y Carlos, sino que también está el exceso de cacería que representa otra de las razones por las cuales aquellos seres se llevan a las personas. Y no solo se las llevan, también las pierden y embolatan, como dicen en Refugio. Se trata no solo de un exceso en el aprovechamiento de los recursos, sino en las ambiciones, desbordantes afanes al dejar un animal muerto y no ir a buscarlo, la indiscriminada manera en que acorta camino tumbando monte hasta la forma en que cuida a sus perros. El siguiente cacharro contado por Ismael, es el de un hombre que pescaba con barbasco; una antigua práctica que se basa en el uso de veneno en los caños, que además de matar los peces, al mismo tiempo daña parte de ecosistema.

Nos contó que un día barbasquió un caño. Entonces un día nos comenzó a decir que el papá era un gran cazador y mataba de a dos y tres dantas. Cuando estaban recogiendo el pescado y nadando por ahí de repente desde abajo lo absorbieron. Llegó por debajo a un gran salado, a otro mundo; el de las dantas. Allá eran personas normales, pero cuando salían a la superficie, eran dantas. (Ismael, 2017)



Figura 16: Bosque y bejucos. Elaboración propia, 2017

No solo se trata de irrumpir en el mundo de los animales, en el bosque y el río. Se trata de entrar en interacción con sus dueños, con los espíritus que los cuidan que ante el abuso en las prácticas del humano parecieran tomar justicia. Y en estos cacharros, los refugianos encuentran una explicación que se vincula con el carácter antropomorfo de los seres que habitan la selva amazónica junto con ellos, que viene de las múltiples formas en que sus mitos explican el surgimiento del mundo que los rodea porque está claro que allí plantas y animales antes fueron humanos.

Por ejemplo, inscrito en el mito de creación de la maloca del pueblo Murui en el río Igaraparaná los seres toman formas humanas y no humanas; en la historia Kúriti Buinaima se casa con la hija del cacique de los Imigi. Ella al ver la oscuridad del lugar donde Kúriti la ha llevado a vivir, acude enojada a casa de sus hermanos para que levanten una “maloca de verdad”. Ellos “salen de su mundo espiritual y acuático a visitar a su hermana y su cuñado; cada uno de ellos lleva una parte esencial de la maloca tomándola de su propio cuerpo”.

Posteriormente se sitúan en distintos lugares de lo que será la maloca “Amarraron la armazón de la maloca con bejucos de yaré, de panceburro y otros, que se convirtieron en sus venas y nervios; luego, la cubrieron con peines tejidos en varillas de chonta y con hojas de palma de puy, como si fuera un pie” (Urbina, De Corredor, Cecilia, & Román, 2000) de este modo los hermanos Imigi se fueron transformado en el mambeadero, el banco y el maguaré.

Las malocas deben protegerse contra los espíritus de la selva y de los animales, o contra la acción de los chamanes hostiles, el dueño de cada una, debe velar por mantener alejados de ella a sus enemigos, ya sea "sentándose en el mambeadero", celebrando rituales, sellando la casa con una boa simbólica que la rodea como un anillo, o mediante la utilización de ciertas figuras iconográficas y otros objetos presentes en la misma” (Pineda, 1987). Proteger la maloca ha sido el propósito de la comunidad bajo una serie pasos o “estrategias” de defensa a su hogar y en contra de los espíritus.

Refugio no es la única comunidad que considera a los espíritus como habitantes de su mismo espacio; la chagra, el río, las cochas, salados, cananguchales y malocas también son territorio de animales, plantas y seres. “Los abuelos dicen que los salados tienen -como las casas humanas- sus propios capitanes (o jefes), sus propios chamanes, que son generalmente dantas o tapires, aunque las entradas de esta maloca pueden ser controladas por otros animales” (Pineda, 1987). Puesto que los Murui-Muina del Bajo Caquetá consideran que a la hora de cazar se debe tener precaución en el modo de capturar, asesinar, despresar y hasta preparar el tapir, pues es posible que el espíritu de la danta quiera volver tras su cuerpo.

Esto no solo sucede con las dantas, como se ha dicho previamente. Los bufeos o delfín rosado, representan otra densa parte de las historias que implican el contacto de las mujeres dentro del mismo espacio con aquellos seres, que además de verse envueltas en una situación determinada (violación o “encanto”) también son afectadas, especialmente, en su cuerpo y sus órganos genitales. Todo ello, debido al “poder” que poseemos las mujeres; la menstruación. Así como los Warao del Delta del Orinoco aseguran que “La sangre del flujo menstrual se considera impura y capaz de neutralizar los poderes chamánicos. Por eso, ninguna mujer puede ser chamán antes de la edad de la menopausia” (Monsonyi, 1984, p. 183).

En la comunidad, Victoria, la gobernadora del cabildo y los abuelos, consideran que aproximarse a las chagras, ríos y caños puede traer consecuencias como “dañar” los cultivos o atraer seres del río, como el bufeo. Y aunque los conocimientos chamánicos no son depositados en una persona en específico, dentro de los habitantes de Refugio, las formas en que la sangre puede neutralizar la fuerza del hombre, es mediante su presencia en la maloca y su participación en las salidas que requieren mantenerse dentro del monte, pues la atracción de los distintos espíritus puede llegar a obstruir las labores de los hombres.

Además, en lo que respecta al pueblo murui de Puerto Refugio, para aquellas mujeres que no han llegado a la menopausia y que menstrúan habitualmente es restringido su contacto con el mambe, pues el acto de consumirlo también representaría (desde su mitología) una relación incomprensible, ya que la coca para los hombres simboliza a la mujer. Esta es una de las pautas que para las mujeres en la comunidad también enseña y restringe sus comportamientos sociales que obedecen a la “raíz” de cultura que procuran reconstruir.

El cuerpo de una mujer es muy sabroso, pero hay que tener mucho cuidado, una mujer que está con el periodo no puede andar en el monte ni sentarse mucho en los caños a lavar porque viene la boíta pequeñita que le decimos usico (nombre en lengua), un espíritu que hace usos (acto sexual) con la mujer y de ahí es que le empieza a rascar la vagina y a dolerle mucho el cuerpo. Tampoco hacer relaciones sexuales en el monte, porque la lombriz siega hace uso también. (Felisandro, 2018)

Según el abuelo Felisandro, la penetración de la lombriz ciega produce en las mujeres la formación de una carnosidad dentro de su útero, fenómeno que él ha sabido curar en Araracuara y que funciona bajo un bebedizo icarado (rezado o conjurado según doña Elia). Bebida de agua dulce que hace remover aquello de su cuerpo durante la noche y que en horas de la madrugada expulsará algo “como si eso estuviera podrido, como el cáncer”. O lo que tal vez puede ser la presencia de ovario poliquístico en las mujeres, o incluso un aborto. Malestar en la salud de la mujer atribuido a su “promiscuidad en el monte”.

En el caso expuesto previamente, el contacto con lo animal y las mujeres refleja una afección corporal, que, en la mayoría de casos, se restringe a las partes íntimas de la mujer, a los actos sexuales y al “llamado de la sangre”. Aquel llamado también refleja en las historias que en Refugio se cuentan, el enamoramiento de las mujeres con los hombres que se les presentan en las cuencas de los ríos, que las acompañan mientras están de pesca. Cuenta el viejo Carlos que las enamoran llenándoles el bote de pescado o que las abordan mientras lavan en las orillas de los ríos, acuden a ellas, las convencen de hacer groserías y al finalizar

el acto, revelan su verdadera identidad, muy similar a lo ocurrido con las dantas. Felisandro lo reitera

Al delfín le gusta enamorar a las mujeres llenándoles el bote de comida; llevándoles pescadito [...] dicen que la muchacha se dejó convencer de un pelado con el que se citaba en las tardes en la bocana del río, hicieron uso (acto sexual) y de un momento a otro el man, convirtiéndose en bufeo, se bota al agua y se va. El bufeo abusó de ella. (Felisandro, 2018)

Todo lo ocurrido, en el caso de las dantas y el delfín rosado acude a la metamorfosis, ya sea de manera mítica o metafórica, en vista de que son casos que no les han sucedido a las personas de la comunidad, pero que dejan una enseñanza, prevención y trastocan las historias del común entre los pobladores que representarían los cuidados que muchas de las mujeres han mantenido. Se considera también que aquellas transformaciones de los espíritus son la confluencia de los animales, es decir, que aparentemente son un humano cuando se les encuentra, pero sus pies son dos cuchas (peces), su cinturón es una boa y su sombrero, una raya. Está claro que tanto en los relatos como en las prácticas de cacería y pesca están consignadas las transformaciones de los seres espirituales, los animales y los humanos. Del mismo modo, la metamorfosis de aquellos seres que conforman al bufeo atribuye su origen al hecho de que “los seres vivimos dentro del territorio como: río, flora, fauna, recursos minerales, peces, [...] para el hombre Murui antes eran personas” (ACILAPP, 2008)

No obstante, en lo que respecta a las mujeres de la comunidad, sus comentarios compilan un sinnúmero de miedos que además de ser producto de las anécdotas transmitidas por su familia o del común, también vienen de la experiencia

Ellos (espíritus del río) usted los ve como una persona, como un humano, porque de aquí pa' abajo (señalando su cintura) es pez, pero de ahí para arriba es humano. Yo por eso al río, le tengo miedo porque yo he visto. Por eso es que a mi me da miedo el río, yo lo puedo andar de día todo lo que quiera, pero de noche, de noche yo no le ando a nadie. (Elia, 2017)

Así como a Elia, a Noris, Bella, Inaid y Leidy también les da miedo andar solas, no solo por el río, sino entre el monte, porque también cuentan que el *bambero* anda por ahí y que a una mujer una vez le bambearon muy fuerte, estando entre el monte de camino al campamento donde residían las personas que hace ya varios años se dedicaban al corte de madera y venta de pieles, dicen que era el duende

Ella quietica pasó y se fue hasta que llegó al entable, almorzaron y se vino. En ese tiempo se cortaba con serrucho y se encaramaban (los hombres) por allá bien alto. Ella se vino porque tenía que cocinar otra vez, porque él llegaba y tenía que estar la comida para la gente. Llegó el señor y no encontró a la muchacha solamente encontró los portas en el camino regados. (La mujer) dijo que la metieron como por un hueco grandísimo, era la casa del duende. La casa de las arrieras (hormigas), esa es la casa de ellos. (Elia, 2018)

Todas las historias antes mencionadas resaltan las experiencias vividas por las mujeres dentro del bosque y el río, relatan las posibilidades de seres con los cuales se pueden hallar y la forma en que los atraen. No se está hablando de las alternativas para mediar dicha relación, sino del margen que deben mantener. Lecciones que son aprehendidas por las mujeres desde su infancia, en el seno de sus familias, directamente desde las abuelas quienes mantienen un vínculo estrecho con la tierra en la chagra. Se trata de las distintas formas en que las malocas y las cocinas, además ser los espacios de comunicación colectiva, son el epicentro de los aprendizajes de las mujeres, mientras preparan sus alimentos transmiten oralmente las anécdotas y prevenciones que deben tener entre sí. Más aún, tratándose de un territorio donde la mayoría de habitantes son las mujeres.

Las mujeres en Refugio consideran la idea de ir solas al bosque, pero ahora lo hacen entre ellas, se acompañan entre sí y con sus hijos. Sus rutinas y su recurrente contacto con los alimentos de su chagra han afianzado su relación con quienes cuidan de la naturaleza. En este punto la naturaleza pasa de ser el telón de fondo o el escenario donde se desarrollan las “gestas humanas” a tomar partido como actor, agente y participante en aquello que lo implique. De este modo se derrumba la idea de que sucesos ambientales en el territorio se interpretan “como si los seres humanos y el mundo biofísico no formaran parte de un único sistema” (Gallini, 2012)

REFLEXIONES FINALES

Las trochas que fueron abriendo los descendientes de la migración en el Putumayo, fueron el sendero de las familias que al pasar de los años se fueron movilizandando por los ríos Caraparaná, Amazonas y Putumayo. Asentados en las orillas del barranco que da al río, aquellas personas cargaron a sus espaldas la historia de una selva sumisa ante las bonanzas²⁷, además llevaron consigo el bagaje cultural que su ascendencia (principalmente) materna dejó impregnado en sus ropajes. Una lengua que es entendida por los viejos, pero no hablada, recetas culinarias que permanecen intactas (aunque las herramientas usadas hallan “mejorado”) y una maloca que se erige en los inicios del siglo XXI son parte del paisaje de Refugio. Una comunidad que ve en su historia, una oportunidad para ser reconocida.

Para quienes habitan Refugio, ser reconocido es poder participar, hacer relaciones, reunirse, ser visitado, tener la autonomía sobre su territorio y sus propias reglas y hacerse acreedor de los beneficios estatales e internacionales. Su organismo político-administrativo en la forma de cabildo indígena ha podido, desde su conformación en 1991, recibir presupuestos con los cuales los comuneros han realizado obras y actividades que denominan como parte del proceso de revitalización cultural. Esfuerzos que se ven materializados en la construcción de sus dos malocas apostándole a la recuperación de la lengua desde los bailes y cantos. La construcción del internado escolar D+ona Safia que congrega estudiantes de

²⁷ Véase para más información, en “Estamos mirando antes cómo era donde vivíamos ¿se acuerda?” Tesis Juan David Cano López

distintos pueblos. El diseño del Sistema Educativo Indígena Propio (SEIP), la construcción de un tanque elevado para el tratamiento de agua y un comedor comunitario, entre otros.

No se trata de una comunidad aislada y única en sus logros y conformación social. Refugio es el ejemplo del posicionamiento de muchos pueblos (no sólo amazónicos) en la actualidad. Se pregunta por lo que tiene y lo que les dicen de sí mismos, no los convence. Por ello caminamos junto con el equipo de Yauda, con el objetivo de reconocer el territorio, bajo la preocupación de saber “qué es lo que tenemos”. En compañía de los líderes de la comunidad habitamos espacios que guardan una serie de historias, memorias de un terreno por el que los viejos anduvieron durante las bonanzas, y una selva que alberga bastantes anécdotas sobre los animales que la habitan y sus dueños: los seres que las cuidan. He aquí la importancia de su contexto inicial, pues la necesidad de demarcar y conocer el bosque fue el ejercicio práctico de su poder político.

Los intereses de las distintas partes se dejaron ver durante los caminos, atravesando los caños, nadando las no muy espesas aguas del Caraparanillo, bebiendo las aguas del río Refugio, pescando en el majestuoso Caraparaná, tropezando con los grandes arboles caídos, mojando las cinturas en los chuquios y los bajiales que se forman junto a los pepiaderos en el invierno. No obstante, caminar la selva también radicó en un afán por marcar, no solo linderos, sino árboles maderables, salados y pepiaderos como potenciales ecoturísticos. Esto, aparentemente, indica que uno de los objetivos de andar, también está en el uso de los recursos naturales como objeto económico, que no se trata de un acto azaroso, sino de una maraña de intereses que entran en discusión. Y con ello no pretendo mencionar que se trate

de una característica negativa, solo espero enunciar la complejidad del contexto que también cobija a los pueblos circunvecinos.

Por otro lado, participar en las prácticas de cacería y pesca contrajo para quienes las presenciábamos, una aventura más, pues también me permitieron dar cuenta de la variedad de alternativas y formas de *habitar* el río y el monte en compañía de mujeres y hombres. Seguir los pasos de dichas labores es colaborar e hilar uno a uno los procedimientos que requieren la captura de un animal y la preparación del mismo. Empero, fuera del monte, el espacio al cual me llevó la caza fue directamente a la maloca, y la pesca, a las cocinas. No porque sea un espacio estrictamente delimitado al género, aunque sí es el caso de cacería en Refugio a diferencia de la pesca. Los espacios enunciados previamente fueron mi campo principal, ahumando la carne, revolviendo las ollas y escuchando los cacharros en las malocas, viviendo a diario la cotidianidad de una comunidad donde permanecen las mujeres.

Aquellas historias, hablaban de las restricciones o las formas en que los hombres deben mediar sus “infracciones” marcadas por el exceso, la agreste forma en que entran en el bosque húmedo tropical, incluso por sus deseos sexuales. Actitudes que el mismo bosque reprende mediante sus dueños; creencia que da vida a la maraña de relaciones culturales tejidas en el ecosistema. Se trata de los relatos que para el pueblo murui están “llenos de enseñanzas; a medida que vayan creciendo los irán aprendiendo y aplicando. Saber y contar esas historias, y hacer obra sus palabras de consejo es lo que nos hace verdadera gente” (Urbina, 2007).

Mientras tanto, las anécdotas de las mujeres radican en el cuidado de sus movimientos, los “peligros” a los que está expuesta en su contacto con los seres del río, en su

comportamiento social, dentro del bosque, junto al agua y en la maloca, sin dejar de lado el cuidado de los niños. El cuerpo de la mujer se presenta como objeto de deseo y su sangre menstrual como “poder” que contamina y atrae a seres como la danta y el bufeo. Ahora bien, pensar este tipo de contaminación de la mano de Mary Douglas, aterriza la creencia de que aquel poder o contaminación puede emplearse como analogías que condensan el tránsito de las mujeres con el ánimo de “ordenar” para expresar una visión general del orden social, “Así nos encontramos con que ciertos valores morales se sostienen” (Douglas, 1973, p. 16) y ciertas reglas sociales sobre el exceso, la desobediencia e incluso el derroche de los recursos se definen gracias a estas creencias. Es decir, las ideas de “contaminación” con los cultivos o “encanto” con los seres del río, se relacionan con la vida social demarcando donde la mujer refugiana transita con destreza.

La cacería y la pesca, es la puesta en escena de los cuerpos en un entorno agreste, al cual se acude bajo un “permiso” o consenso ritual que desde la oralidad ha engendrado en los pobladores de Refugio una manera de comportarse y navegar su entorno. El pueblo murui no es el único que mantiene estas relaciones con su entorno, por ejemplo, para el pueblo amazónico siona, el yajé cumple la función de mediar entre la humanidad y los mundos invisibles; es el intermediario que confirma las nociones Siona sobre los diferentes ámbitos cosmológicos (Langdon, 2014). En lo que respecta a Refugio, la coca y el tabaco cumplen la misma función, reitera que el mundo en el que habitan está interrelacionado con otros mundos, teniendo en cuenta (gracias a sus anécdotas), que los animales y plantas también tienen su historia y sus malocas. En resumen, la materialidad, responde al contacto que se puede “mediar” con el uso de las plantas rituales, junto con el yaré.

Así, las interacciones en lo cotidiano de las mujeres que han permanecido en Refugio, su gestión y posicionamiento político, responden al tipo de conocimiento que se les ha transmitido, la continua movilidad de los hombres en la comunidad, deja en las mujeres esa misión de fortalecer sus lazos con el entorno, de crear en compañía de sus hijos, diferentes formas de transitar su selva. Alternativas que revitalizan su cultura desde la práctica, que parten desde la chagra, pasan por los caños y llegan a las cocinas. Por su parte, los senderos se vuelven a enmontar y las edificaciones se convierten en nidos de aves, esquinas de telarañas y caminos de comején, y los documentos mordisqueados por los bichos. Justo detrás de ellos; la oralidad, aquellas anécdotas que ha remitido constantemente al comportamiento social en la comunidad, que no tiene el mismo protagonismo que las nombradas previamente, perdura.

En las salidas de cacería se es receptor de las distintas energías de la selva, los olores, los espacios que tiene el monte, sus aguas, sus espinas, los troncos en las rodillas y las arañas en el desgreñado cabello. Los cambios en su vegetación parecen umbrales, que, a saber, por los viejos, están habitados espiritualmente. El mal viento, el cansancio, la búsqueda de un camino que no está demarcado y la desviación de la dirección por ir detrás de una presa propició una experiencia única, en la que se está sumergido e involucrado en la efectividad de una tarea, que por torpeza e inexperiencia puede terminar mal (perdido(a)). En Refugio la ejecución de las prácticas de cacería y pesca están ligadas directamente, con la experiencia con el mundo, moviéndose en el ambiente, descubriendo lo que éste le ofrece, transitándolo desde los distintos planos que el conocimiento local rescata, el uso de las herramientas y el modo en que son usadas para agenciarlo. “No se trata de una representación en la mente dada

por los esquemas innatos preconcebidos, sino que se debe a la interacción práctica de las personas con el mundo que las rodea, y que se desarrolla de manera continua dentro de los contextos relacionales” (Ingold, 2008).

Es por ello que el presente documento condensa el esfuerzo conjunto con la comunidad de Refugio, donde el trabajo de campo significó no solo “conocer” sino comprender las distintas formas de transitar el bosque y resaltar la oralidad como un potencial en los procesos locales. Y uso aquel término subrayado con el fin de no perder la dimensión metodológica de “compartir sus actividades (y las mías) con ellos, poner nuestro cuerpo en ellas. Así nos acercamos existencialmente más a sus vivencias” (Puglisi, 2014) se trata de *trabajar en el campo* donde la comprensión de tales prácticas “es inmanente a la vida y a la experiencia del que conoce porque se extiende al campo de la práctica organizada por su presencia como ser-en-el-mundo. (Ingold, 2008) Así mismo, las distintas circunstancias que cobijan la realidad de Refugio conforman un proceso que va más allá de lo material. De acuerdo con Ingold,

Es a través de las actividades situadas e intencionadas de las personas –y no a través de su sometimiento a una autoridad superior de la sociedad– que las relaciones sociales se forman y reforman. [...] Cada persona particular, en tanto abraza en su constitución la historia de sus relaciones ambientales, reúne el todo en sí misma. Pero ese todo, así concebido, no es una entidad sino un movimiento o un proceso: el proceso de la vida social. (Ingold, 2015)

La apuesta de esta pesquisa arraiga en un escrito (experimental), los logros de la gestión administrativa y el trabajo comunitario, pretende ser base para la construcción del plan de

manejo territorial propio como un aporte más al proceso de revitalización cultural de la comunidad de Puerto Refugio. También, resaltar la oralidad, su cotidianidad, lo que aprendí y lo que espero, sea de gran valor para todos. Además, conocer cómo las mujeres, jóvenes, niños y hombres se mueven dentro de la selva y el río a partir de las prácticas, representa una manera de aprehender el mundo, orientado por la oralidad, y donde “El cuerpo es un haz de líneas, no de puntos, no de órganos. Por el cuerpo cruzan las líneas, líneas de intensidad: sólo las intensidades pasan y circulan. Luego, las cosas, las personas, están compuestas de líneas muy diversas” (Díaz, 2009) Aquellas “líneas” convergen entre sí, circulando por los distintos aspectos de la vida de quienes residen en la comunidad involucrando cada una de las características que atraviesan su cotidianidad, lo político, económico y social. Resumiendo, así, el gran esfuerzo que han hecho desde el conocimiento local y la revitalización cultural.

La importancia del caso de Refugio radica en la diversidad de su gente, la participación y los distintos procesos que llevan a cabo. Las prácticas que desarrollan, las formas en que llevan su cotidianidad, quienes se van y quienes vuelven, los que permanecen, lo que han logrado, a lo que le apuestan y las múltiples formas en se relacionan con el entorno. Todo ello interconectándose; uniéndose entre las líneas (nombradas previamente) formando un rizoma, que como un mapa “es abierto, conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones. Puede ser roto, alterado, adaptarse a distintos montajes, iniciado por un individuo, un grupo, una formación social [...] una de las características más importantes del rizoma quizá sea la de tener siempre múltiples entradas” (Deleuze & Guattari, 1988). Con ello pretendo esbozar que la vida social de aquella comunidad retoma de los cacharros las nociones de exceso en su relación con un ecosistema

que puede percibirse como tal (rizoma) donde la espesura de la Amazonía colombiana los bejucos y las enredaderas fueron la conjunción de esas múltiples líneas con las que tropecé.

En conclusión, lancé mi anzuelo al río, y del mundo de peces, especies y seres con que me pude encontrar, fue esto lo que pesqué. Hice lo mismo con mis preguntas, las destripé, saqué lo que no quería y dejé lo que me podía facilitar su preparación. Las preparé, las adobé de las más francas intensiones, me chucé en varias ocasiones cada vez que abría el opérculo de los recuerdos más conmovedores o cuando dejaba regar la fariña, pero atizando con la leña quemada del trabajo de campo, la etnografía y la escritura, le di fuego y pude cocinar las mejores experiencias impregnadas del mejor aroma; la descripción como el buen sabor que le da el ají a un tucunare.

EPÍLOGO

HACIENDO CAMPO

Se hace imprescindible hacer mención del reto más significativo de esta pesquisa a la hora de pretender crear un panorama que transporte al lector a los caños y senderos del bosque húmedo tropical amazónico, especialmente porque comprender el habitar de una comunidad desde las prácticas de cacería se dificulta al ser una labor predominantemente masculina. Los gajes del trabajo de campo radicarón en los ocasionales rechazos y excusas por evitar llevar a una mujer al monte. Las razones; irrumpir con su delicadeza, que se cansen a medio camino o les de sueño y quieran volver pronto a la casa.

Con mis compañeras de viaje nos hemos destacado en Refugio por ser caminantes, fuertes y activas, nos llevaron de pesca y también de cacería, pero especialmente cuando andábamos en grupo. Una mujer “blanca” en compañía de un refugiano en medio de una jornada de cacería a la media noche es poco frecuente, y de serlo, puede colar una doble intensión que va más allá de la curiosidad por conocer las prácticas de pesca. No obstante, demarcar una línea que reitere el único objetivo al estar allí, fue parte de las tareas por realizar.

Se me explicó que las mujeres al menstruar pueden atraer a los animales en el monte y el río, que era mejor no hacerse sentir entre el bosque, es decir, no orinar entre la vegetación. Pero después me di cuenta, a la voz de los viejos, que aquellas normas poco aplicaban para nosotras. En verdad, para los hombres de Refugio no representábamos el mismo peligro de contaminación o atracción que las mujeres locales. Somos un híbrido, se nos puede permitir

fumar en el mambeadero, incluso probar el mambe de los abuelos. Somos mujeres en tanto nos caracteriza la “delicadeza” y el cuidado, por ello ir de cacería “no es lo nuestro”.

No pretendía capturar o dispararle a algún animal, porque además sería un tiro perdido, y no hubiera sido capaz de hacerlo. Fui pescadora y tuve mi propio vareador, pero la cacería es una práctica distinta, requiere de un orden diferente de las cosas, comprende un acto que al disparar secreta adrenalina pura y que por la boca de quien lo hace, pasa el delicioso sabor de una presa ahumada y cocinada. Es por ello que se ejerce en Refugio. No resulta complejo a los ojos de los cazadores y pescadoras dar el último machetazo sobre la cabeza del animal. Es a los ojos del de “afuera” una cruel práctica que no soporta ver a un mico agonizando. Finalmente, reflexionar sobre mi lugar en el campo, trae a colación el estar allí, participar y observar, así fuera de manera torpe, se aprende a andar en los agrestes caminos de lo desconocido.

~

BIBLIOGRAFÍA

ACILAPP. (2012). *Estatutos ACILAPP*. Puerto Leguízamo.

ACILAPP. (2008). *Plan de vida de los PUEBLOS MURUI-MUINANE-COREBAJU Y NASA JURISDICCION ACILAPP*. Asociación de Cabildo Indígenas de Leguízamo y el Alto Predio Putumayo, Putumayo , Puerto Leguízamo.

AZICATCH. (Junio de 2006). Plan de vida de los hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce. . *Plan de abundancia zona Chorrera*. La Chorrera: Asociación de Cabildos y Autoridades Tradicionales de la Chorrera.

Cabildo indígena de Puerto Refugio. (2019). *Plan de vida de la comunidad indígena de Puerto Refugio* . Puerto Leguízamo: Fundación Yauda .

Cano, J. D. (2016). *Estamos mirando cómo era antes donde vivíamos ¿se acuerda? Reflexión histórica entorno a la comunidad de Puerto Refugio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014). *Putumayo: La Vorágine de las Caucherías. Memoria y Testimonio*. Bogotá: CNMH.

Chaves, M. (2010). Movilidad Espacial e Identitaria en Putumayo . En M. Chaves, & C. Del Cairo, *Perspectivas Antropológicas sobre la Amazonia contemporánea* (págs. 81-104). Bogotá : Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH; Pontificia Universidad Javeriana.

CORPOAMAZONÍA. (25 de Julio de 2019). *CORPOAMAZONÍA* . (M. d. Ambiente, Productor)

Obtenido de Jurisdicción-Resguardos :

http://www.corpoamazonia.gov.co/region/Jur_resguardos.htm

Del Cairo, C. (2010). Las Encrucijadas del Liderazgo Político Indígena en la Amazonia Colombiana. En M. Chaves, & C. Del Cairo, *Perspectivas Antropológicas sobre la Amazonia Contemporánea* (págs. 189-212). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH; Pontificia Universidad Javeriana.

Deleuze, G., & Guattari, F. (1988). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* . París : Les Editions de Minuit .

Díaz, A. (2009). "Los hombres" como cuerpos, el cuerpo: una multiplicidad . 40-50.

Douglas, M. (1973). *Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú* . (E. Simons, Trad.) Madrid : Siglo XXI .

Echeverry, Á., & Pereira, E. (2010). "Mambear coca o es pintarse la boca de verde" Notas sobre el uso ritual de la coca amazónica. En M. D. Chaves, *Perspectivas antropológicas sobre la Amazonia contemporánea* (págs. 565-594). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH; Pontificia Universidad Javeriana.

Fundación ZIO-A'I. (Abril de 2008). Plan de Vida del Pueblo Murui. Jurisdicción OIMA. *Documento de avance*. Organización Indígena Murui del Amazonas, OIMA .

Gallini, S. (2012). La naturaleza cultural de la historia ambiental y su rematerialización . *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*, 377-397.

- Urbina, F. De Corredor, B. Cecilia, L. M., & Román, T. (Enero-Abril de 2000). La Metamorfosis de Yiida Buinaima. Versiones de los uitotos y muinanes sobre el origen mítico y la hechura del maguaré. . *Boletín Museo del Oro*(46), 40-76.
- Ingold, T. (2008). Tres en uno: Cómo disolver las distinciones entre cuerpo, mente y cultura. En T. E. Sánchez, *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas* (págs. 3-33). Madrid, España: Antropólogos Iberoamericanos en Red, AIBR.
- Ingold, T. (Junio de 2015). Desde la complementariedad a la obviación: sobre la disolución de los límites entre la antropología social, biológica, arqueológica y psicológica. *Avá. Revista de Antropología* (26), 12-51.
- Jackson, J. (2010). La Política de la Práctica Etnográfica en el Vaupés Colombiano. En M. Chaves, & C. Del Cairo, *Perspectivas Antropológicas sobre la Amazonia Contemporánea* (págs. 233-265). Bogotá : Instituto Colombiano de Antropología e Histori, ICANH; Pontificia Universidad Javeriana.
- Langdon, E. (2014). *La negociación de lo oculto. Chamanismo, medicina y familia entre los Siona del bajo Putumayo*. Popayán : Editorial Universidad del Cauca .
- Mininterior. (10 de Abril de 2013). *Ministerio del interior*. Recuperado el 26 de Marzo de 2019, de Resguardo indígena : <https://www.mininterior.gov.co/content/resguardo-indigena>
- Monsonyi, E. (1984). *La sexualidad indígena vista a través de dos culturas: Waraos y Guajibos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela .
- Pineda, R. (1987). Witoto . En I. C. Antropología, *Introducción a la Colombia amerindia* (págs. 151-164). Bogotá .

- Puglisi, R. (Mayo-Agosto de 2014). Algunas consideraciones metodológicas y epistemológicas sobre el rol de la corporalidad en la producción del saber etnográfico y el estatuto atribuido a los sentidos corporales . *Antípoda*(19), 95-119.
- Rodríguez, C. A., & Van Der Hammen, M. C. (Enero-Julio de 1996). Peces para todo el año. Manejo Espacial y Temporal de los Peces de Consumo por los Yukuna de la Amazonia Colombiana. *Cespedesia* , 21(67), 245-270.
- SIAT-AC. (27 de Julio de 2019). *Sistema de Información Ambiental Territorial de la Amazonía Colombiana*. (I. SINCHI, Productor) Obtenido de Resguardo Indígenas: <http://siatac.co/web/guest/productos/territorios-ancestrales/resguardos-indigenas>
- Suaza, D. (2016). *La educación como herramienta política en el proceso de revitalización cultural de Puerto Refugio, Resguardo Alto Predio Putumayo* . Bogotá : Universidad Nacional de Colombia .
- Urbina, F. (Enero-Junio de 2007). Las mariposas amarillas y el banco de contar historias . *Cuadernos de literatura* , 11(22), 171-178.
- WWF. (2016). *Amazonía Viva- Informe 2016. Un enfoque regional para la conservación de la Amazonía* . Brasilia y Quito: WWF.